M. González

Jesús Callado

MANUEL GONZALEZ

OBISPO DE PALENCIA

Jesús Callado

o

La Eucaristía escuela del silencio



Hay tiempo de callar y tiempo de hablar.
Eccli. III, 7.

(CARTILLA PARA APRENDER A CALLAR)

2.ª EDICIÓN



1938
«EL GRANITO DE ARENA»
PALENCIA

Imp. de «El Día de Palencia», Mayor Pral., 15

PARA LA 2.ª EDICION

LA NECESIDAD DEL SILENCIO

Necesita el silencio el obrero para poder descansar de su trabajo y reparar sus fuerzas agotadas; necesita el silencio el hombre de estado para madurar serenamente sus planes de gobierno; necesítalo el hombre de ciencia para la tranquila investigación de las verdades científicas; lo necesita el enfermo para poner una tregua a sus insomnios y sufrimientos; lo necesita también el financiero para realizar debidamente sus cálculos, de ahí que sea una de las preocupaciones mo-

dernas, en las populosas ciudades sobre todo, ver la manera de acallar ese estrépito ensordecedor que produce el vertiginoso movimiento de la vida de este siglo con sus automóviles y sus motos, con sus tranvías y sus radios, con los pregones, con las voces impertinentes de viciosos y desocupados, etc.

Pero si en la vida material e intelectual hace falta el silencio, en la vida espiritual, en la vida interior, en la vida de trato íntimo con Jesús en el Sagrario, el silencio es una necesidad absoluta, imprescindible, es condición sine qua non, *para ponernos al habla con Jesús diciéndole con el Profeta:* «Audiam quid loquatur in me Dominus Deus», *escucharé lo que me va a hablar el Señor Dios, porque no habla Jesús*

en medio del bullicio del mundo, non in commotione Deus.

El mismo Espíritu Santo nos recomienda la necesidad de este silencio en la presencia de Jesús con estas preciosas palabras de la Profecía de Habacuc: «Dominus in templo sancto suo. Sileat a facie ejus omnis terra. *El Señor está en su Templo santo. Calle la tierra toda ante su acatamiento». Y Jesús callado en el Sagrario, siendo como es la Sabiduría de Dios, nos enseña con su silencio, jamás interrumpido, que si queremos oir su palabra divina y recibir con ella la paz, la luz, el consuelo, la fortaleza y la gracia que nuestra alma necesita, callemos, no sólo acallando los ruidos exteriores, sino haciendo callar también a las locuras de la imaginación, á las rebeldías del*

amor propio y al alboroto de las pasiones, y, oyendo su Palabra y creyendo en Aquel que lo ha enviado, tendremos la vida eterna: Qui audit verbum meum, et credit ei qui misit Me, habet vitam aeternam. (Joh. V, 24).

Al publicarse de nuevo este librito deseo y pido que sus páginas sigan encontrando muchos lectores callados o con ganas de callar para oir y entender más claramente a «JESUS CALLADO».

Primer Viernes de Mayo 1938

† MANUEL GONZALEZ,
Obispo de Palencia

INTRODUCCION

El arte de hablar

El hombre, como perpetuo indigente de los elementos para la perfección de su alma y de su cuerpo, se ve obligado a ser un perpetuo discípulo para aprender lo que no conoce y para aprender mejor lo que sabe mal.

Siendo la palabra el vehículo y la expresión de todas las actividades del hombre, interiores y exteriores, necesita aprender cada día a hablar mejor, como cada día necesita aprender a pensar mejor, sentir mejor y obrar mejor.

Nuestra lengua es instrumento de varios artífices que lleva-

mos dentro de nosotros: de nuestro pensamiento, que por medio de ella expresa sus ideas, verdaderas o falsas; de nuestra voluntad, que por medio de la palabra manifiesta sus afectos buenos y malos; de nuestra sensibilidad, que por medio de ella cuenta sus impresiones de placer y de dolor, de gusto y de disgusto.

Si esos artífices de la palabra fueran siempre ordenados y rectos en sus elaboraciones, nada tendría que temer su instrumento, la palabra, de su dirección y podría entregarse a su oficio de pregonera de ellos sin miedo ni reservas; pero por la Fe y por la experiencia sabemos que hay dentro de nosotros otro artífice, tan desordenado en sí como desordenador y alborotador de sus compañeros de trabajo, y tan influyente en todas las ma-

nifestaciones de la vida humana como taimado y sutil.

Se llama el amor propio, que debiendo ser por institución de Dios el amor más legítimo y obligatorio del hombre, después del que debe a su Criador, por el desorden y la rebeldía, que introdujo el pecado original, viene siendo o tratando de ser el amor primero, único, envenenador y absorbente de todos los demás buenos amores del hombre.

Ese amor propio desordenado influyendo en el entendimiento tiende a cegarlo para que no vea las cosas como son, sino como a él le place que sean, haciéndolo esclavo del engaño y del embuste, influyendo sobre la voluntad, a fuer de compañera de un ciego, la empuja de abismo en abismo, y obrando sobre la sensibilidad, la trueca en ti-

rana del pensamiento y de la voluntad, reduciendo todas sus normas de entender, querer y obrar en esto solo: lo que me gusta es verdadero y bueno; lo que me disgusta es falso y malo.

Y una lengua instrumento de un entendimiento engañado y engañador, o en peligro de serlo, de una voluntad extraviada o en ocasión próxima de serlo, y de unas pasiones tiranas y verdugas, ¿qué podrá hablar? La mentira, la maldad, la obstinación, la vanidad, el orgullo, la ira, la codicia, la envidia, la murmuración, la sensualidad...

¡Qué difícil es al hombre hablar bien! ¡Qué arduo el arte de hablar sin amor propio! ¡sin ese perenne charlatán y embaucador impenitente que de día y de noche, a solas y con compañía, para sus adentros y para sus afueras, poniendo en movimien-

to sus labios, o solo su imaginación, no tiene otro sujeto para todos los verbos honoríficos que el pronombre personal *yo*, ni otro atributo para ese sujeto que el adjetivo numeral *primero* o el comparativo o superlativo de todos los adjetivos honrosamente calificativos, yo soy... yo era... yo fuí... yo seré... el primero, el mejor, el más...!

El arte de callar

Si difícil es el arte de hablar como se debe, dificilísimo es el arte de callar a tiempo. Mejor diría que el arte de hablar y el de callar no son dos artes, sino uno solo, porque únicamente habla como debe el que a su tiempo calla.

El callar a tiempo no es callar en todo tiempo, sino callar hablando y hablar callando...

Y ahí está la dificultad suma de este arte: llegar a conseguir que mi lengua hable la idea que en mi cabeza refleja la verdad y calle la amañada por mi amor propio, que hable lo bueno que rectamente ama mi corazón y lo malo que rectamente odia, y calle el capricho o la aberración que le impone o le sugiere el amor propio, que hable la pasión noble y ordenada de mi sensibilidad y callen la algarabía y los relinchos de fiera de las pasiones tiranizadoras.

Que mi lengua hable sólo para expresar lo que piensa mi cabeza, sometida a mi razón y a mi fe, lo que quiere mi corazón esclavo de mi cabeza, y lo que siente mi sensibilidad, a las buenas o a las malas, sometida a mi voluntad y a mi cabeza.

En realidad ese es el arte supremo en el uso de nuestra lengua: si cada hombre es, en frase feliz de un escritor, *yo y el otro*, *yo*, es decir, mi propia persona en el ejercicio recto y legítimo de sus potencias y sentidos, y el *otro*, esto es, el tirano, la fiera o el ídolo formado dentro de mí por las rebeldías de mi amor propio, las locuras de mi imaginación y los desórdenes de mis apetitos e inclinaciones, el arte supremo de hablar callando es conseguir hablar habitualmente *yo* haciendo callar al *otro*.

¡Qué hermosamente enseña el Espíritu Santo en el sagrado libro del Eclesiástico (XXVIII-29) lo bueno, lo útil y hasta lo necesario de ese difícil arte de hablar lo que se debe, callando lo que no se debe! «Funde el oro y

plata que tuvieres, y haz de ellos un peso para tus palabras y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua», que es decir, según el precioso comentario del gran maestro venerable P. Luis de la Puente: «Recoge todas las virtudes morales con la caridad figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia figuradas por la plata, porque todas son menestar para saber bien hablar y bien callar; por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester también se aunen las virtudes para concertarla: y por esto quien no ofende a Dios con la lengua, señal es que es perfecto varon. (Jacob. III. 2).

El Maestro del arte de hablar callando

Un solo Maestro de ese arte ha conocido la historia de los hombres y ese Maestro se llama Jesús.

La Palabra viva y eterna de Dios se hizo carne para con boca de carne hablar a los hombres.

Con qué júbilo y con qué exactísima realidad han podido anunciar los Apóstoles: ¡Dios ha hablado con los hombres, los hombres han oído hablar a Dios! ¡Qué palabras y qué lenguaje!

Sin haber tenido la dicha de los primeros Apóstoles, que oyeron hablar a Jesús, gozamos de su palabra escrita en el Evangelio y, cuando lo leemos, podemos asegurar con la más

dulce y tranquila certeza: ¡Así hablaba Jesús! ¡Así habla Dios!

En medio de la sencillez de aquellas palabras, que hablan de viñas y de casas, de redes y de barquichuelos, del pan y del agua, de la fatiga, del cansancio y de la sed, ¡qué misterio de augusta majestad, de atrayente delicadeza, de apacible seguridad, de transparencias de cielo, de lejanías de eternidad, de fuegos de amores de Dios y Hombre se presiente, se descubre, se paladea...! ¡Qué lenguaje tan uno y tan único en su estilo, en su tono, en su tendencia, en su inalterable equilibrio!

Dar gloria a su Padre, testimonio a la verdad y luz y calor y paz a los hombres, he aquí toda la conversación de Jesús en la tierra. De El, de su gloria, de sus excelsas virtudes,

de su naturaleza divina... ¡qué poco y qué modestísimamente! Y cuenta que en El no había peligro de desorden de amor propio ni de orgullo. Se llama habitualmente Hijo del hombre y no Hijo de Dios, repite que su palabra no es suya, sino del que lo ha enviado, que su gloria no es nada, que El no busca su gloria, sino la de su Padre, y si habla de exaltaciones para El, es de la exaltación en el patíbulo de la cruz...

¡Qué buen Maestro, qué gran Maestro de hablar callando! ¡Qué misterio de dignación misericordiosa en El y de elevación excelsa en los discípulos!

El Maestro del arte de callar

Pero se agrandan los misterios, cuando se medita y se ve que ese gran Maestro ha toma-

do de la inmensidad del tiempo el breve espacio de treinta y tres años para ejercer su magisterio hablando, y siglos y siglos para proseguirlo callando.

La Escuela del Silencio

Ese es el Sagrario cristiano: la escuela del Maestro callado... Maestro, porque lo es y será siempre Jesús y a eso vino al mundo, «a dar testimonio de la verdad», y callado con el silencio irrompible, abrumador, absoluto de un eterno mudo, de un muerto.

¡Qué misterio y qué enseñanza tienen estas dos cifras!:

¡Tres años de magisterio hablado!

¡Miles de años de magisterio callado!

¿Cabe mejor y más concluyente testimonio de que los

hombres están incomparablemente más necesitados de aprender a callar que de aprender a hablar?

Cartilla de la Escuela

Eso querrían ser estas paginillas, una modesta CARTILLA para dar a conocer siquiera las primeras letras de ese lenguaje sin palabras y levantar silenciosa y suavemente la punta del velo que cubre el misterioso e infinitamente fecundo, activo y sabroso silencio y la ocultación inefable de Jesús en sus Sagrarios, y tratar de hacer caer a los que alrededor de El andan y viven en la conveniencia suma, en la necesidad urgente de matricularse en la *Escuela del silencio* para aprender en una sola lección toda la perfección cristiana... ¡Aprender a callar! ¡Saber callar! ¿No ha dicho el

Espíritu Santo (Prov. XI- «que el que guarda su boca guarda su alma» y «quien habla mucho hará daño a su alma» y (Eccli. III-7) que «hay tiempo de callar y tiempo de hablar» y que «hay quien callando es reconocido por sabio»? (Eccli. XX). ¡Ponerse habitualmente en silencio exterior e interior para oir y atender y saborear el silencio del Cordero callado del Altar y del Sagrario! ¿No es esa toda la perfección y toda la sabiduría? ¡Dichosas estas hojillas si, volando, volando por el mundo, obtuvieran muchos *mudos del amor propio* y muchos muertos a sí mismos!

Que, por lo menos, su lectura ponga en la boca y en el corazón esta súplica: «Hostia callada y entregada, enséñame a entregarme al sacrificio por

Dios y por mi prójimo en silencio y con buena cara».

Madre querida del Maestro callado, ¡que no falte en torno de ningún Sagrario la alabanza del silencio de las almas de amor propio mudo y como muerto!

Dedicatoria

Sacerdotes de la Hostia callada, bocas e intérpretes de su palabra silenciosa, Marías y Discípulos de los Sagrarios-Calvarios, almas cuya única ansia es conocer al Divino desconocido de todos los modos que pueda ser conocido para amarlo, imitarlo y repararlo de todos esos modos, después de haberos mostrado «Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario», no temáis que os enseñe lo contrario al poner delante de vuestra meditación, de

vuestra adoración, de vuestro paladar y de vuestra imitación, «cómo vive callado Jesús en el Sagrario».

Jesús, Palabra viva y personal de Dios, tiene infinitos modos de hablar y de obrar callando y, en medio del más riguroso silencio, de llenar a las almas de «Sión de palabras inenarrables y de gloria a su pueblo». (Eccli. XXXVI-16.)

Si en ratos sabrosos de Sagrario habéis aprendido, meditando las paginillas de aquel libro, a decir y a hacer como el Corazón de Jesús dice y hace, quiera El concederos ratos parecidos para aprender en estas nuevas paginillas a callar como El calla en el Sagrario, y que el resultado del paladeo de unas y otras sea la imitación de su vida de Hostia callada, a saber, *hacer mucho bien con buena cara,*

sin pedir ni esperar nada en pago.

Láriz, Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, 1930.

PRIMERA PARTE

¿Por qué está callado Jesús en la Hostia?

I

Porque El quiso

Is. LIII, 7.

Sí, ¿por qué para proseguir en su vida de Sagrario el oficio que había traído al mundo de *dar testimonio de la verdad*, escogió el Maestro ese silencio perpetuo tan impenetrable como irrompible?

¿Por qué la *Palabra de Dios* hecha boca de carne se ha quedado muda al sacramentarse?

El primero y gran porqué de

ese misterio de silencio es, a no dudarlo, el mismo del misterio de su Pasión y de su Muerte.

¡Porque quiso y así nos convino!

Pudo redimir al mundo del pecado y de la esclavitud del demonio con un simplicísimo acto de homenaje, de súplica, de desagravio a su eterno Padre sin hacerse hombre y sin haber padecido en su Humanidad los dolores y la muerte; pudo ya hecho Hombre, haber aplacado a su Padre y pagado por el mundo con la primera gota de lágrima que derramaron sus ojos, o con la primera gota de sangre de su Circuncisión o con la primera palpitación de amor de su corazón de carne; pudo redimirnos de mil maneras; pero no quiso.

El Hijo del Hombre fué entre-

gado a las salivas, a los ludibrios y a la muerte porque quiso.

Y porque quiso, instituyó su Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, y porque quiso escogió los frágiles accidentes de pan y de vino para esconderse y, escondido y mudo, darse en Sacrificio a su Padre y en alimento a los hombres por los siglos de los siglos.

Ante esos insondables misterios de generosidades divinas en favor de los pobres pecadores, ¿cómo no prorrumpir con el corazón y la boca henchidos de gratitud y lealtad?: Hágase, Señor, tu voluntad en mí y en mis cosas hoy y mañana, sin *pero* y sin que yo busque más razón ni más ventaja que esta: Así lo quieres Tu ahora.

Madre Inmaculada, enseña a mi alma y a mi boca a decir

con generosidad, firmeza y paz en todo y siempre tu respuesta al Angel: «Hágase en mí según tu palabra».

II

Está callado porque así más conviene

> ¿Por ventura no convino que Cristo padeciera y así entrara en su gloria?
>
> Luc. XXIV, 26,

Pero si en la razón de su querer nada podemos penetrar, en la razón de conveniencia sí nos es dado entender algo.

Y ya puestos ahí, podemos empezar a responder:

¿Por qué está callado y siempre callado?

Solo los Angeles del Trono solitario de Jesús en la tierra y del Trono de Dios en el cielo

podrán cantar y contar los frutos de gloria de Dios, gozo de su Corte y bendiciones de toda suerte sobre los hombres que produce el silencio con que obra y se da Jesús en las innumerables Misas de la tierra, en las incontables Comuniones y en los casi infinitos minutos de Presencia real en tantos y tantos Sagrarios.

Ese silencio es más grato a los oídos de la Trinidad augusta que las harmonías de todos los Angeles y los cantos de gloria de todos los Bienaventurados y que todas las alabanzas y cánticos que de las bocas santas, puras, inocentes y purificadas han subido y subirán de la tierra... ese silencio es más beneficicso a la inteligencia y al corazón de los hombres que las palabras sabias de todos los sabios y que las pala-

bras y acentos y generosidades y palpitaciones de todos los corazones buenos, tiernos, heroicos que han latido en pechos humanos.

¡Oh! ¡Qué grandeza! Desde el venturoso momento en que labios divinos dijeron: «Tomad y comed, este es mi Cuerpo» hasta el último segundo de la última hora del tiempo, en torno de cada Hostia consagrada sube más armonioso que el que se oyó sobre la cuna de Belén, el himno del sublime silencio de «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». ¡El himno de la vida divina germinando, naciendo, distribuyéndose y multiplicándose en la tierra...!

Madre Inmaculada, Tú que conservaste en tu corazón las

palabras que oías de tu Jesús y que veneraste en profunda adoración los silencios de sus horas de sueño y de trabajo callado, enséñanos a amar, adorar y paladear el silencio de la Hostia.

III

Está callado porque callando quería proseguir sus oficios de Salvador y Maestro

Según el Catecismo, los dos oficios más principales de Jesús en su vida mortal fueron los de Salvador y Maestro.

En su vida de Eucaristía sigue ejerciendo los mismos oficios aunque de distinto modo.

Entonces salvó, derramando su sangre y muriendo para ganar para su Padrela gloria ma-

yor y para los hombres la vida mejor, que es la vida de gracia en la tierra y de gloria después.

Ahora, en la Eucaristía, salva, aplicando y distribuyendo en silencio e invisiblemente por medio de las Misas y las Comuniones lo que entonces ganó.

Y a la vez es Maestro aquí como allí, pero con esta gran diferencia: que el Maestro de Palestina enseñaba hablando y el del Sagrario enseña callando.

Y calla, porque muchas de sus enseñanzas habladas del Evangelio necesitan, para su completo arraigo en el alma y su total expansión y fecundidad en el mundo, la enseñanza callada del Sagrario. O más claro: si el Maestro Jesús con su palabra del Evangelio despertó el conocimiento y el hambre de las grandes virtudes cristianas y particularmente de las total-

mente desconocidas del mundo como la Fe, la Caridad, la Humildad y la Pureza, con su silencio perpetuo del Sagrario hace a esas Virtudes divinas, Virtudes humanas a fuerza de facilitarlas, esclarecerlas y hacerlas fecundas en la vida de la Iglesia y de la sociedad.

Madre Inmaculada, Tú que recibiste más abundantemente que ninguna pura criatura los frutos de la Salvación y del Magisterio de Jesús, siendo su primera redimida con Redención preservativa de todo pecado y su primera y mejor Discípula, enséñanos a aprovecharnos de la Salvación y del Magisterio con que en silencio nos brinda desde la Hostia.

IV

El Salvador callado

Jesús nos salva ofreciéndose como Cordero callado.

(Como cordero será llevado al matadero sin abrir su boca.)
Is. LIII, 7.

El Jesús del Sagrario es el mismo del Altar del Sacrificio; y el Jesús del Sacrificio es una Víctima, un Cordero... De este Jesús había profetizado Isaías, muchos siglos antes, que «como Cordero sería llevado al matadero sin abrir su boca».

El Jesús del Altar y del Sagrario es Dios-Hombre, Creador, Rey, Padre, Maestro, es verdad, pero sacrificado, Víctima de su propio eterno Sacrificio...

Por eso el Sacerdote lo saluda en su Misa tres veces y lo

presenta a los fieles que van a comulgar con ese nombre: ¡El Cordero de Dios!...

¡Siempre Cordero y siempre callado! Ese es el *Salvador en silencio*.

Madre del Jesús de nuestras Misas, da a entender a nuestras almas la obligación de hacer callar su mal genio, sus rencores, sus engreimientos, sus gritos de rebeldía y todas las manifestaciones de su amor propio que le impone el ser miembro de un Jesús ofrecido como Cordero callado en cada Misa...

V

Jesús nos salva cargando en silencio con nuestros pecados y padeciendo por ellos el castigo que nosotros merecemos

Pero yo, como si fuera sordo, no los escuchaba, y estaba como mudo sin abrir la boca.

Ps. XXXVII, 13

¡Qué trágicamente describe el Salmo XXXVII a Jesús cargado con la enormidad de nuestros pecados, en la persona de David, afligido por sus pecados y pidiendo perdón por ellos!

SALMO XXXVII

David, afligido por sus pecados, recurre a la misericordia de Dios.

1. Oh, Señor, no me reprendas en medio de tu saña; ni en

medio de tu cólera me castigues.

2. Porque se me han enclavado tus saetas, y has cargado sobre mí tu mano.

3. No hay parte sana en todo mi cuerpo, a causa de tu indignación: se me estremecen los huesos cuando considero mis pecados.

4. Porque mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza; y como una carga pesada me tienen agobiado.

5. Enconáronse y corrompiéronse mis llagas, a causa de mi necedad.

6. Estoy hecho una miseria y encorvado hasta el suelo: ando todo el día cubierto de tristeza.

7. Porque mis entrañas están llenas de ardor, y no hay en mi cuerpo parte sana.

8. Afligido estoy y abatido

en extremo: la fuerza de los gemidos de mi corazón me hace prorrumpir en alaridos.

9. Oh Señor, bien ves todos mis deseos y no se te ocultan mis gemidos.

10. Mi corazón está conturbado: he perdido mis fuerzas; y hasta la misma luz de mis ojos me ha faltado ya.

11. Mis amigos y mis deudos arrimáronse y apostáronse contra mí; y mis allegados se pararon a lo lejos.

12. Entretanto aquellos que procuraban mi muerte, hacían todos sus esfuerzos; y los que anhelaban el dañarme, hablaban mil sandeces; y estaban todo el día maquinando engaños.

13. Pero yo, como si fuera sordo, no los escuchaba: y estaba como mudo, sin abrir la boca.

14. Y me hice como quien

nada oye, ni tiene palabras con que replicar.

15. Porque en tí tengo puesta, Señor, mi esperanza: tu me oirás, oh Señor Dios mío.

16. Pues yo dije: No triunfen de mí mis enemigos, los cuales, cuando ven vacilantes mis pies, se vanaglorian contra mí.

17. Verdad es que yo estoy resignado para el castigo: y siempre tengo presente mi dolor.

18. Yo mismo confesé mi iniquidad, y andaré «siempre» pensativo por causa de mis pecados.

19. Entretanto mis enemigos viven, y se han hecho más fuertes que yo; y hanse multiplicado los que me aborrecen injustamente.

20. Los que vuelven mal por bien murmuraban de mí, porque seguía la virtud.

21. «¡Ah!» No me desampa-

res, Señor mío; no te apartes de mí.

22. Acude «prontamente» a socorrerme, oh Señor Dios Salvador mío.»

Madre Inmaculada, enséñame a padecer las humillaciones y los desprecios, los dolores del alma y del cuerpo que merezco por mis pecados sin número y sin medida, al modo de tu inocente Jesús en su Pasión del Calvario y del Altar, como *sordo* y como *mudo*.

VI

Jesús sigue siendo Salvador alimentándonos en silencio

Yo soy el Pan vivo
S. Juan VI, 51

Jesús está callado en el Tabernáculo no sólo porque viene del

altar del sacrificio como cordero sacrificado sin abrir la boca, sino porque quiere que sus hijos de la tierra participen del fruto de su sacrificio comiendo su misma Carne sacrificada y recibiendo de esa comida el sostén, el crecimiento y la perfección de su vida sobrenatural y divina.

Jesús en la Eucaristía es ante todo *alimento;* es, como El se llamaba, el *Pan vivo* que necesita comer el alma para tener vida divina.

Y como el alimento, aunque sea vivo, no obra hablando, sino dejándose comer, digerir y asimilar, Jesús, en la Eucaristía quiere obrar principalmente, no hablando, sino dejándose silenciosamente comer por la Comunión Sacramental, silenciosamente digerir por la buena disposición del alma que no pone obstáculos a la libre entrada y

circulación de su gracia y silenciosamente asimilarse por la imitación voluntaria de sus virtudes y vida de Cordero sacrificado en silencio.

Madre Inmaculada, ¡que piensen más los comulgantes en ese *silencioso laboratorio de divinización* que llevan en sus almas después de cada Comunión!...

VII

Los tres magisterios de Jesús

Que Jesús ha sido y es y será siempre Maestro, ni el más extravagante hereje lo ha puesto en duda.

Que ha sido y es y será Maestro por sus ejemplos y por sus palabras, nadie tampoco lo discute.

Pero, si por todos es aclamado como Maestro de obra y de palabra, por muy pocos es conocido otro magisterio que viene ya ejerciendo en el mundo hace siglos y está dispuesto a seguir ejerciéndolo hasta la consumación de ellos, a saber, el *magisterio del silencio* en el Sagrario.

Y ante esa desigualdad de trato digo: que por lo menos, el mismo respeto, la misma veneración, la misma adhesión merece el silencio voluntariamente aceptado de Jesús en su vida de Eucaristía que la palabra y la obra de Jesús en su vida mortal.

Almas de Sagrario, ¿queréis un buen propósito?

¡Haceos muy discípulas del Maestro callado!

Pedidle a su Madre que os

meta en la *escuela del silencio de Jesús.*

¡Nos hace tanta falta aprender a callar!

El Maestro callado y el Credo

Te adoro, Deidad oculta
Off. Eccl.

Enseña. toda la doctrina de la Fe

La Eucaristía es el más abreviado y el más completo de los Catecismos.

Con otra gran ventaja: que es un Catecismo no de papel impreso, sino de carne palpitante.

Credo, Mandamientos, Oración y Sacramentos son las cuatro partes de la Doctrina cristiana y ¡qué bien las enseña el Maestro callado!

Creer en la Eucaristía es creer en todo el Credo:

En Ella están, no escritos si-

no vivientes, los Dogmas fundamentales: la *Trinidad*, porque en donde está el Hijo, están el Padre y el Espiritu Santo; la *Encarnación* y la *Redención* porque es el Sacramento de la Carne viva que el Verbo tomó de María y ofreció sacrificada por nuestro rescate; está Dios remunerador con su *Gloria* dentro, porque en donde está el Rey está su corte, y con el *infierno* debajo para los que comen indignamente su cuerpo, está no sólo el Cuerpo físico de Jesús, sino su Cuerpo místico, que es la *Iglesia*, representado en las Especies Sacramentales.

¡Qué alegría! ¡Credo abreviado y vivo de mi Sagrario!

¡Con solo inclinar mi cabeza y doblar mis rodillas delante de Tí, y aún sin despegar mis labios digo y profeso:

Creo en todo el Credo católico.

¡Madre Inmaculada, nosotros creemos, pero aumenta nuestra Fe en el Credo vivo de nuestro Sagrario!

VIII

El Maestro callado y el Credo

Concede a mi alma vivir de Ti.
Of. Ec.

II. Alimenta la vida de Fe

¿Cómo obtendrá ese *Credo vivo* de la Eucaristía el rendimiento absoluto, sin vacilaciones, de nuestro entendimiento, y el amor y el gozo de nuestra voluntad y la adhesión de nuestra libertad y la conformidad de nuestra vida toda?

«El que me sigue, dijo en el Evangelio el Maestro callado del

Sagrario, no anda en tinieblas sino que tendrá *luz de vida.*»

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna.»

¿Y en qué consiste esta *luz de vida* y esta *vida eterna?*

Esa vida eterna se inicia en la tierra conociendo, amando y obedeciendo a Jesús por la Fe, que se siembra en el Bautismo, se nutre de la Eucaristía y se consuma en el cielo gozando para siempre de la visión del Padre con la luz que da su Hijo y con el amor que da su Espíritu Santo.

De modo que a más Eucaristía imitada. obedecida y comida, más viva de Fe en el alma ahora y más vida de gloria después.

Madre Inmaculada, que yo viva creyendo y que yo crea viviendo la vida que en silencio da tu Jesús en el Sagrario.

IX

Maestro callado y el Credo

No veo las llagas como Tomás, pero te confieso mi Dios.

Of. Ec.

III. Enriquece el mérito de nuestra Fe

Jesús callado en el Sagrario, me enseña con su sola presencia todo lo que debo creer, me da fuerza, comiéndolo, para que crea y para que viva de mi Fe y además, por verlo con los ojos cerrados de mi cara y oirlo con los oídos de carne cerrados, está dando a mi Fe un valor y un mérito siempre crecientes.

El mérito de la Fe de los que trataron a Jesús mortal estuvo en que, viendo sólo su Humanidad, creyeron en su Divinidad:

el mérito de la Fe de los que lo tratamos oculto y callado en el Sagrario es superior; por el solo estímulo de su gracia y por la sola autoridad de la Iglesia, sin ver nada lo creemos todo, sin oir nada lo obedecemos siempre, sin verlo ni oirlo ni gustarlo le rendimos cuanto somos.

Madre Inmaculada, que yo siga, obedezca y ame a tu Jesús sin sentirlo, sin verlo, sin oirlo y sin gustarlo... ¡solamente creyendo en El!

X

El Maestro callado y los Mandamientos

Me amó y se entregó a sí mismo por mí

Galat. II, 20.

I. Enseña toda la moral

Toda la moral se encuentra en el Decálogo; todo el Decálogo se encierra en este verbo... *dar*... dar amor sobre todas las cosas a Dios, honor a su Nombre y celebración a sus Fiestas y culto, dar amor al prójimo respetando a los padres, la vida, la pureza, los bienes y la honra ajena.

Jesús añadió un precepto nuevo: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado...» El nos amó haciendo *reflexivo* el verbo del Decálogo, *¡dándose!*

Y esa es la Eucaristía.

Jesús *dándose* cada día y cada hora en *Sacrificio* para la mayor gloria de Dios y *dándose* en *comida* para la mejor y más abundante vida de los hombres y dándose en *ejemplo* vivo de toda virtud.

Dar y darse todo a Dios y por Dios al prójimo, sin pedir nada en pago, esa es toda la moral y la ascética y la mística cristianas y esa es la lección de cada instante del Maestro callado del Sagrario.

Madre Inmaculada, que de todos los verbos que usan los hombres para hablar, el que yo conjugue mejor y más veces sea el verbo *dar* y *darme* a tu Jesús y a mis prójimos.

XI

El Maestro callado y los Mandamientos

Todo lo puedo con El.
Philip. IV, 13.

II. Vence los enemigos de la moral

La impureza, corrompiendo la carne, la soberbia corrompiendo la cabeza y el egoismo corrompiendo el corazón son los tres grandes enemigos de la moral individual, familiar y social.

La Eucaristía es Pureza, porque es Carne purísima de Jesús, nacido de Virgen purísima, es Humildad, porque es palabra de Dios callada y Hermosura y Omnipotencia y Gracia de Dios y de Hombre ocultas y es Caridad de Inmolado perpetuo.

Maestro callado del Sagrario, ¡qué refuerzos recibe mi debili-

dad y qué alientos mi flaqueza cuando pienso y gusto que tan al alcance de mi carne, tan en peligro de ser corrompida y hacerse corruptora, y de mi alma soberbia y egoista, tengo el preservativo, el remedio y la inmunidad...!

Es decir, que cuando comulgo, como Pureza, Humildad y Caridad y mientras mejor comulgue, mejor asimilaré .. ¡Gracias, Jesús mío, que no te has contentado con darme tu moral en preceptos escritos o hablados sino en *inyecciones*, en *injertos*, en *comida!*

Madre Inmaculada, que cada vez que me roce con tu Jesús, comiéndolo, visitándolo, mirándolo, salga yo más a su estilo, ¡más Jesús!

XII

El Maestro callado y los Mandamientos

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna.

Joan. VI.

III. Restaura el orden moral

S. Agustín trazó la línea descendente del desorden moral con estas palabras:

«A los que se ensoberbecen en su espíritu Dios los humilla en su carne.»

El desorden moral, lo mismo de los pueblos que de los individuos, tiene su punto de partida siempre en la petulancia y rebeldía de la soberbia y su punto de llegada en la degradación de la lujuria.

En definitiva los hombres y los pueblos soberbios acaban

por tener solo un Dios, un ídolo: la carne, y una sola ocupación: sacrificarle actividad, dinero, salud, cuerpo, alma, todo.

Y esa es la divina pedagogía del Maestro callado.

Dios se hace carne para que la carne se haga Dios. Si el misterio de la Encarnación de Dios se obró una sola vez en el seno virginal de María, el misterio de la divinización de la carne, o sea, la Encarnación al revés, s realiza cada vez que el hombr en un acto supremo de humilda cree y adora rendido, y sobr todo come la Carne invisible, impalpable y purísima de Dios en la Eucaristía.

El orden moral perturbado queda restablecido. La línea ascendente de esa restauración la canta la Madre Iglesia con el himno de la Ascensión:

Peccat caro, mundat caro:

Regnat Deus, Dei caro.

La carne peca, la Carne purifica: reina Dios, la Carne de Dios.

Madre Inmaculada, la más ordenada y pura de todas las puras criaturas por ser la más humilde, da a mi pureza la seguridad y la defensa de mi humildad.

XIII

El Maestro callado y los Mandamientos

El que come mi Carne... Yo lo resucitaré.

Joan. VI, 55.

IV. Sanciona el orden moral

Jesús en el Cielo y en el Sagrario es no sólo el primer Resucitado, sino el Resucitador, el *único Resucitador*.

No habrá más resurrecciones que las que se produzcan por los méritos de El y a semejanza suya.

Y, ¿qué condición ha puesto el divino Resucitador para aplicarnos su Resurrección?

«El que come mi carne y bebe mi sangre... yo lo resucitaré...»

¡Qué sostén para mis luchas contra la tentación, qué esperanza tan aliviadora para todas mis tristezas! ¡Qué premio tan rico y largo para mi virtud!

Mientras yo no desnaturalice con el pecado mortal la virtud que por mis comuniones, va dejando silenciosamente el Resucitador divino de mi alma y en mi cuerpo, en mis sacrificios ocultos y en mis lágrimas calladas, puedo estar cierto que para mí y para todo lo mío habrá resurrección eterna...

Con qué razón y con cuanta

alegría dice el Sacerdote cuando deposita el copón en el Sagrario después da dar la Comunión. ¡Pignus gloriae! ¡Prenda de la gloria!

Madre Inmaculada, que cuando ande yo los caminos duros del deber llorando, cuides siempre de recoger mis lágrimas en la patena de la Misa o en el copón del Sagrario para que tu Hijo el Resucitador las resucite conmigo.

XIV

El Maestro callado y los Mandamientos

El que viene a mí no tendrá más hambre.

Joan VI, 35.

V. Sacia las hambres de bien

Toda pasión produce hambre en el corazón; y mientras más

desordenada sea, mientras más mande, o mejor, tiranice, más hambriento, más inquieta y rabiosamente hambriento, pone el corazón.

¿Habéis oído decir al tiranizado por la codicia, por la ambición, por la lujuria, por cualquier pasión no quiero más dinero, más honra, más placer?

¡Pobres condenados a rabiar de hambre!

«El que me come no tendrá más hambre, el que me bebe no tendrá sed eternamente.»

Jesús, entrando silenciosamente en el alma, va llenando la inteligencia de toda verdad y el corazón de todo bien y va extinguiendo las rabiosas hambres de oropeles y falsificaciones de verdades y bienes.

Madre Inmaculada, que este pobre hijo tuyo no mendigue

más pan en puertas ajenas, sino solo en las del Sagrario de tu Jesús.

XV

El Maestro callado y los Mandamientos

Andarás sobre el aspid y el basilisco y conculcarás el león y el dragón.

Ps. XC, 13.

VI. Doma las fieras de nuestras pasiones

Es un Domador único, por la clase de fieras que doma y por el procedimiento de que se vale. Son fieras con entendimiento elevado a veces a un refinamiento de *entendimiento* de diablo y con una voluntad libre para ser y dejar de ser fiera indefinidamente y para manifestar o encubrir la fiereza bajo formas casi

infinitas; y el procedimiento no es ni el hierro de la jaula, ni el palo, ni el látigo, ni el ademán de fiereza del domador, sino este solo: *el silencio*, un silencio misteriosamente eficaz.

¿Que esto no es posible?

Someteos a una prueba con tal de que tengais Fe en la Presencia real de Jesús en su Eucaristía.

Cuando sintáis bramidos de fiera en vuestro corazón, en vuestra inteligencia o en vuestra sensibilidad, poneos de rodillas delante de un Sagrario y procurad estar tan callados que lleguéis a *oir* el *silencio* del Maestro sin palabras; yo os aseguro con el testimonio de miles de almas, que el silencio de Jesús invadirá vuestra cabeza, vuestro corazón y hasta vuestros nervios y cuando os levantéis, la fiera estará domada.

Yo os aseguro que son legión las almas que suscriben conmigo esta afirmación: Si yo no comulgara cada día, sería cada día más fiera...

Si no comulgara nunca, sería una fiera sin esperanza de domar...

Madre inmaculada, dile al *Domador divino* que me dome como El quiera con tal de que me salve. ¡Le gustará tanto al *Domador callado* que le demos ocasión de convertir fieras de la pasión, en hijos de su amor!

XVI

El Maestro callado y la Oración

Velad y orad...
Math. XXVI, 41.

I. Ora velando

Toda la ocupación de la vida mortal del Maestro puede afirmarse que se encerró en el cumplimiento del encargo que, quizás con más repetida instancia, daba a sus discípulos: «Velad y orad...»

Sin tener necesidad de velar ni de orar por sí, como Pastor bueno, el más bueno de todos, veló constantemente sobre su rebaño alimentándolo, curándolo, guiándolo y muriendo por darle vida, y tan incesantemente oró por él, de día y de noche, que puede decirse que todo lo

hacía *orando* y que, más que velar y orar, *veló orando.* ¡Tan sin interrupción fué el diálogo afectuoso del Hijo con el Padre en todas sus obras!

En la vida eucarística siguen siendo estos dos verbos la expresión de toda la actividad del Pastor-Cordero; pero con esta diferencia: que en la vida eucarística el verbo *orar* expresa la acción principal y el verbo *velar* el modo, al revés que en su vida mortal... Cuando mortal, *velaba orando*, en su vida sacramental *ora velando;* en el Evangelio, el Pastor andaba, curaba, predicaba, se inmolaba *orando:* en el Sagrario, el Cordero ora prestándose a su Padre perennemente inmolado y con esa oración sin palabras sigue curando, alimentando, dando vida.

Madre Inmaculada, que yo vaya tanto al Sagrario con mi espíritu, mi cuerpo, mi vida, mis intenciones y mis suspiros de deseo de estar y de pena de no estar allí, que como tu Jesús vele orando y ore velando.

XVII

El Maestro callado y la Oración

Fué oido en vista de su reverencia.
Hebre V, 7.

II. Ora enseñando la mejor oración

Jesús ora hoy en el Cielo, en el Altar y en el Sagrario presentándose inmolado; las rojas y deslumbradoras cicatrices de su cuerpo crucificado son los *clamores válidos* siempre oídos y atendidos siempre. Ninguna alabanza, ninguna acción de gra-

cias, ninguna expiación, ninguna impetración llega más adentro del Corazón del Padre que las que en silencio brotan perennemente del Cordero *como muerto* del Cielo y de la Hostia...

Alma, ¿quieres orar bien? ¿quieres que tu oración llegue a lo más adentro del Padre que está en los cielos?

Inmola y deja inmolar tus gustos, los malos y los buenos, tus deseos, tus aspiraciones, tu carne y tu espíritu y, cuando veas al Sacerdote levantar la patena con el pan y el cáliz con el vino, recoge en tu corazón tus cosas inmoladas y vuélcalas sobre la patena y el cáliz, y las palabras de la Consagración presentarán ante el Cielo y la tierra tu carne y tu alma como Carne y Alma inmolada de Cristo y clamor de

las llagas de su Corazón y de sus manos y de sus pies...

La oración del inmolado por y con Jesús Inmolado es ciertamente la oración mejor.

Y esa es la que enseña el Maestro callado del Sagrario.

Madre Inmaculada, que con un *amén* pronto yo acepte en mi corazón y con buena cara la cruz que tu Jesús me mande cada hora y cada día y que ese *amén* sea el principio, el término y la esencia de todas mis relaciones con El.

XVIII

El Maestro callado y la Oración

Ora cargando con nuestros pecados como si fueran propios.

¡Qué bien canta este oficio el

SALMO XXXVIII!

Afligido David, que representa a Jesús, con una grave tribulación, confiesa sus culpas, y pide a Dios que le libre de ellas.

Se queja de los ultrajes que recibe de sus amigos, los cuales sufre con paciencia y en silencio:

1. «Dije yo «en mi corazón»: Velaré sobre mi conducta para no pecar con mi lengua. Ponía un candado en mi boca, cuando el pecador se presentaba contra mí.

2. Enmudecí y humilléme, y me abstuve de responder aún cosas buenas; con lo cual se aumentó mi dolor.

3. Sentí que se inflamaba mi corazón; y en mi meditación se encendían llamas de fuego.

4. Solté mi lengua diciendo: «Ah» Señor! hazme conocer mi fin, y cuál es el número de mis días, para que yo sepa lo que me resta «de vida».

5. Cierto que has señalado a mis días término corto; y que toda mi subsistencia es como nada ante tus ojos. Verdaderamente que es la suma vanidad todo hombre viviente.

6. En verdad que como una sombra pasa el hombre; y por eso se afana «y agita» en vano. —Atesora, y no sabe para quién allega todo aquello.

7. Ahora bien, ¿cual es mi esperanza? ¿Por ventura no eres

tú, oh, Señor, en quien está todo mi bien?

8. Líbrame de todas mis iniquidades, tú me hiciste objeto de los ultrajes del insensato.

9. Enmudecí y no abrí mi boca, porque todo lo hacías td.

10. «Señor», levanta de sobre mí tu azote.

11. A los recios golpes de tu mano, yo desfallecí cuando me corregías: por el pecado castigaste tú al hombre: e hiciste que su vida se consumiese como araña. Ciertamente que en vano se conturba «y agita» el hombre.

12. Oye, Señor, mi oración y mi súplica; atiende a mis lágrimas; no guardes silencio; puesto que yo soy delante de ti «a manera de» un advenedizo y peregrino, como todos mis padres.

13. Afloja un poco conmigo,

y déjame respirar, antes que yo parta y deje de existir.»

Madre Inmaculada, que cuando me sienta perseguido por los remordimientos de mis pecados y por el odio del demonio o por la mala voluntad de los hombres, me desahogue en silencio y con paz ante tu Jesús cargado y callado.

XIX

El Maestro callado y los Sacramentos

Yo soy la cepa; vosotros los sarmientos.

Joan XV. 5.

I. Da la vida divina

No hay más vida divina en las almas que la que les da la Gracia; y no hay más gracia que la que nos ganó de una vez

Cristo con su Sacrificio en la Cruz y nos aplica cada día por su Sacrificio eucarístico.

¡No hay más vida divina que la que da Cristo por su Eucaristía y, procedente de Ella, como de su fuente, por los Sacramentos!

Por el Bautismo se siembra la vida divina, por la Confirmación se desarrolla, por la Penitencia se recupera después de perdida por el pecado, por la Comunión se alimenta y perfecciona, por la Extremaunción se vigoriza de la convalecencia del pecado y se prepara para trasplantarse a la eternidad, por el Orden se multiplican los ministros distribuidores de la Gracia y por el Matrimonio se multiplican los sujetos que pueden recibir la vida divina de la Gracia.

¡Y todas estas operaciones en silencio!

Como en el misterioso silencio del campo las semillas arraigan y crecen y los torrentes de savia vivificadora suben, bajan, hacen brotar flores y madurar frutos y multiplicarse en semillas y especies...

¡Qué actividad tan asombrosa, qué fecundidad tan insospechada en el augusto silencio del Altar y del Sagrario!

Modre Inmaculada, de la que brotó la *Cepa* Jesús, que ni un instante deje yo de ser *sarmiento* adherido a El por Ti.

XX

El Maestro callado y los Sacramentos

II. Recrea la vida humana

¡Qué bien canta las dulzuras y deleites con que regalan al alma los Sacramentos y singularmente el Sacramento de los Sacramentos el

SALMO XXII

1. «El Señor me pastorea, nada me faltará.
2. El me ha colocado en lugar de pastos: me ha conducido junto a unas aguas que restauran «y recrean».
3. Convirtió mi alma. Me ha conducido por los senderos de la justicia, para gloria de su Nombre.
4. De esta suerte, aunque ca-

minase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre: porque tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo.

5. Aparejaste delante de mí una mesa «abundante», a la vista de mis perseguidores. Bañaste de óleo «o perfumaste» mi cabeza. ¡Y cuán excelente es el cáliz mío que «santamente» embriaga!

6. Y me seguirá tu misericordía todos los días de mi vida; a fin de que yo more en la casa del Señor por largo tiempo.»

Madre Inmaculada, que viva mi alma persuadida de que fuera del Sagrario en donde vive, se da y se gusta la Vida y fuera del camino que a El conduce, todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.

XXI

El Maestro callado y los Sacramentos

Yo soy el pan de vida.
Juan VI, 48.

III. Nos sacia de vida y de contento

Nuestras pasiones, por nacer de una carne rebelde y de un espíritu esclavo, ponen frecuentemente en nuestros labios estos gritos: ¡más tener! ¡más dominar! ¡más gozar!, sin que jamás digan ¡basta!

Después de poseer por los Sacramentos a Jesús, que es más rico que todo, de mandar a Jesús, que es Omnipotente, y de gozar a Jesús, que es el infinito Bien, ¿se puede en justicia y con razón pedir, desear más?

Señor, tu silencio y tu ocultación del Sagrario, incapaces de

ser comprendidos por mis pasiones, que no entienden más que de lo que se ve, se toca y se gusta con la carne, me ponen en trance de pedirte esta locura de injusticia: ¡Que yo me contente contigo! ¡Que viva contento con tenerte a Ti!

¡Como si fuera de Ti hubiera algo *de verdad* deseable y que satisfaga! Y Tú... ¡en silencio!

Madre Inmaculada, que solo Jesús me sea dulce y cuanto no sea El amargo y desabrido,

---

SEGUNDA PARTE

Y porque está callado.....

I

Yo oía los denuestos de muchos que estaban alrededor mío.
Ps. XXX. 14.

Hasta ahora a la pregunta ¿por qué está callado Jesús en el Sagrario? os he ido presentando, o mejor, dando a adivinar las amorosas y delicadas intenciones y la infinita actividad del silencio con que Jesús sigue desempeñando en el Sagrario sus dos oficios principales de Salvador y de Maestro.

¡Qué actividad tan fecunda,

tan asombrosa y misteriosamente bienhechora la del Salvador y Maestro callado del Sagrario!

Ahora quiero empezar a responder a esta otra pregunta: ¿cómo responden los hombres al silencio del Salvador y Maestro del Sagrario?

¿Qué hacen los hombres con Jesús Sacramentado, precisamente porque no lo oyen ni lo ven?

¡Qué tinta más negra hace falta para estampar en el papel las respuestas a esa pregunta!

Yo sé que hay almas, no pocas, que han llegado a su última perfección, o sea, a *hostias calladas perpetuas* porque han entendido y aprovechado ese divino silencio; pero también sé que hay muchas, muchas almas, que tratan a Jesús con rutinas y frialdades, con durezas y desprecios, y hasta con dudas y ne-

gación de su real presencia por esta sola razón: ¡Como está callado! ¡como no se ve!...

¡Qué respuesta tan triste tiene entre los hombres el silencio de Jesús en el Sagrario!

Madre Inmaculada, pon tanto silencio en mi amor propio, en mi imaginación, en mi desenfrenada lengua, que pueda oir y entender el silencio del Sagrario de tu Jesús.

II

Las respuestas al silencio de Jesús

El León de Judá y el Cordero de Sión

Una reflexión para estimar en su valor el silencio de Jesús Sacramentado en frente de sus enemigos.

El antiguo y el nuevo Testamento confiesan y adoran a un solo Dios: el Dios del Sinaí que se revela entre relámpagos y truenos, es el mismo Dios del Calvario que se revela entre obscuridades de eclipses y sombras de muerte y ludibrios de cadalso.

El Testamento antiguo es la Religión del León de Judá, que vence por la manifestación de su poder; el nuevo es la Religión del Cordero de Sión que se impone por el poder de su mansedumbre. Aquél triunfa de sus enemigos intimidando con su presencia y sus rugidos, peleando con ellos hasta el exterminio y vengándose de ellos con sus garras. Este triunfa haciendo bien a los que le vociferan, muriendo por sus verdugos...

Se puede afirmar que una de

las grandes diferencias entre ambos Testamentos es el modo de hablar de Dios a los hombres y de los hombres con Dios, en uno y en otro respecto, al trato de los enemigos.

III

Cómo se hablaba al León de Judá

Ved un diálogo con Jehová, lleno por parte del orante de ardorosa impaciencia para que muestre con prisa su poder y su furor contra sus enemigos.

Cantico y salmo de Asaf

1. Oh Dios, ¿quién hay semejante a tí? No estés «así» en silencio: no te contengas, Dios «mío».

2. Ya ves cuánto ruido meten tus enemigos, y cómo andan con la cabeza erguida los que te aborrecen.

3. Urdieron contra tu pueblo malvados designios, y han maquinado contra tus santos.

4. Venid, dijeron, y borremos esa gente de la lista de las naciones, y no quede más memoria del nombre de Israel.

5. Por cuyo motivo todos unánimes se han coaligado; a una se han confederado contra tí.

6. Los pabellones de los Idumeos y los ismaelitas, Moab y los Agarenos.

7. Gebal y Amón, y Amalec: los Filisteos con los Tirios.

8. Unióse también con ellos el Asirio, e hízose auxiliador de los hijos de Lot.

9. Pero tú, «Señor», haz con ellos lo que con los Madianitas y con Sisara, lo mismo que con Jabín en el Torrente de Cisón.

10. Perecieron ellos en En-

dor; vinieron a parar en ser estiércol para la tierra.

11. Trata a sus caudillos como a Oreb y a Zeb: y como a Zebee y a Salmana, a todos sus príncipes.

12. Los cuales han dicho: Apoderémonos del Santuario de Dios como heredad que nos pertenece.

13. Agítalos, oh Dios mío, como a una rueda, o como a la hojarasca al soplo del viento.

14. Como fuego que abrasa una selva, cual llama que devora los montes.

15. Así los perseguirás con «el soplo de» tu tempestad, y en medio de tu ira los aterrarás.

16. Cubre sus rostros de ignominia: que así, «oh Señor», reconocerán tú nombre.

17. Avergüéncense, y sean conturbados para siempre: queden corridos y perezcan.

18. Y conozcan que te es propio el nombre de Señor «o Jehová» y que sólo tu eres Altísimo en toda la tierra.

IV

Cómo hablaba el León de Judá.

SALMO 77.

...59. «Oyólo Dios, y los despreció: y redujo a la última humillación a Israel.

60. Y desechó el tabernáculo de Silo, aquel su tabernáculo donde tenía su morada entre los hombres.

61. Y la fu?rza de ellos la entregó a cautiverio: toda su gloria la puso en poder de los enemigos.

62. Y no haciendo ya caso de un pueblo que era su heredad, le entregó al filo de la espada.

63. El fuego devoró sus jóvenes; y sus vírgenes no fueron plañidas.

64. Perecieron a cuchillo sus sacerdotes, y nadie lloraba las viudas de ellos.

65. Entonces despertó el Señor a la manera del que ha dormido; como un valiente «guerrero» refocilado con vino.

66. E hirió el Señor a sus enemigos en las partes posteriores; cubriólos de oprobio sempiterno.

67. Y desechó el tabernáculo de José; y no eligió «morar ya en» la tribu de Efraim.

68. Sino que eligió la tribu de Judá, el monte de Sión, al cual amó».

V

Cómo hablaban al Cordero de Sión los no enterados.

Vuelven unos discípulos de Jesús de una misión que les había confiado y desalentados y enojados por el mal éxito obtenido de todos sus trabajos, dicen a Jesús: «Dí que llueva fuego sobre ellos.»

Creían hablar todavía con el León de Judá.

VI

Cómo habla el Cordero de Sión

A los amigos que piden fuego del cielo para los enemigos, responde: «No sabéis de qué espíritu sois.»

Si habla de exaltaciones, es de su exaltación crucificado en la cruz; si manda un ejército

para establecer su reino, es un ejército de *corderos* entre *lobos;* si busca comparaciones para dar idea de su poder, de su influencia en el mundo y de la fecundidad de su doctrina, se compara al *grano* de *trigo*, que mientras *no muere* enterrado no da fruto...

Ante un rey y unos jueces y una turba de Fariseos que lo acusan, calumnian y condenan a muerte, *Jesús se calla*, y ante el ejército sin cesar renovado de uñas aceradas, de ojos siniestros, de lenguas envenenadas, de cabezas erguidas y orgullosas y de corazones podridos que perennemente gritan el *Tolle, Tolle, crucifícalo* delante de sus Sagrarios-Calvarios, el Cordero de Sión sigue respondiendo y defendiéndose y triunfando con el misterio adorable de su paciencia callando...

Lobos trocados en corderos por el profundo silencio del Cordero Jesús y de los corderos de Jesús ¡cómo cantáis con vuestras lágrimas silenciosas el triunfo del Maestro calladó!

Lobos por vuestra obstinación condenados a ser siempre lobos ¡cómo con los aullidos y las espumas de vuestras bocas cantáis el triunfo del invencible e infinito poder de la Hostia callada!...

VII

Las malas respuestas

Todo el dia tuve mis manos extendidas a ese pueblo incrédulo y rebelde, que no anda por buen camino.

Is. LXV, 2.

I. La respuesta de la grosería

Muchos lo creen insensible a las groserías.

Como en el Evangelio ¡cuántas indelicadezas y groserías devora en silencio en su Sagrario!

Recordad este caso de allá.

Invitado por el Fariseo, entra Jesús a comer en su casa, pero invitado quizás por curiosidad o por razones puramente humanas, no recibe de él ninguna de las cortesías y atenciones con que era costumbre honrar a los huéspedes; como a un pobre transeunte sólo se le indica el lugar que ha de ocupar en la mesa.

Jesús se ha callado ante la grosería.

Y en silencio eterno hubiera quedado aquella pena de su Corazón, si no se lo hubiese hecho romper la defensa de la pecadora arrepentida y siniestramente juzgada por los comensales.

«Y volviéndose (Jesús) hacia

la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo *de paz;* pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo *o perfume* mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies *sus perfumes.* Por todo lo cual te digo: Que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.» (S. L. VII, 44).

En esa defensa tan decidida de la humillada ¿no quedan por igual al descubierto estos dos sentimientos del Corazón de Jesús: de pena por el agravio de la grosería y de consuelo por el desagravio del amor?

Marías, almas de Sagrario,

aprended bien que al Maestro, *aunque esté callado*, le gustan los besos del amor, las lágrimas del dolor y los perfumes de las virtudes, tanto como le duelen las descortesías de rúbricas desatendidas y las groserías de altares y ornamentos descuidados, y de modales inmodestos, de oraciones masculladas, de genuflexiones y posturas ridículas.

Madre Inmaculada, ¡que desagravie tanta grosería siendo siempre fino con tu finísimo Jesús!

VIII

Las malas respuestas

Si eres Tú...
Math, XIV, 27.

II. La respuesta de la Fe a medias

Tratan muchos a Jesús en el Sagrario como si fuera un *fantasma*.

¿Recordáis aquella noche del Evangelio en la que Jesús se quedó solo en el monte a orar y a la madrugada se acercó andando sobre las aguas a la barca en la que sus apóstoles pasaban por los rigores y miedos de una tempestad?

—¡Un fantasma!

—¡Un fantasma! — exclamaban al ver a Jesús *sus amigos*, que tantos motivos tenían ya para distinguirlo y adivinarlo aun en las tinieblas de la más oscura noche.

Y ¡un fantasma! siguen diciendo no pocos amigos, si no con sus bocas, con sus corazones y sus obras, vacíos de fe viva en el Jesús *vivo* y palpitante de amor del Sagrario...

Y como vacilando si hablan con una persona viva o con una ilusión, oran y lo tratan con la timidez y ansiedad de San Pedro en esa misma ocasión: Señor, *si eres Tú*, mándame ir a Tí sobre las aguas.

¡Cuántas veces nuestro miedo en pedir y nuestra desconfianza en ser oídos, equivalen a ese: «Si eres Tú...»

No, aunque callado, Jesús no es el fantasma del Sagrario...

Madre Inmaculada, enséñame a reparar tanta Fe que apenas cree, metiendo tan adentro de mi alma y de mi vida la Fe en la

presencia real de tu Jesús en la Hostia, que lo trate con más intimidad que si lo viera y tocara.

IX

Las malas respuestas

Herirán al Pastor y se dispersarán las ovejas.

Math. XXVI. 51.

III. La respuesta de la deslealtad

¡Cómo se repite ante Jesús perpetuamente callado e invisible la terrible profecía con que anunció lo que habrían de hacer con El sus amigos cuando lo vieran preso, herido y muerto! «Todos vosotros padeceréis en mi escándalo esta noche».

¡Con qué formidable exactitud se cumple la profecía allí y aquí!

Allí, desde el punto en que queda preso, huída vergonzosa de amigos, negación de Pedro,

desesperación de Judas, miedo de los discípulos que los encierra bajo llave y desencanto que les hace exclamar a los tres días de muerto: «nosotros esperábamos otra cosa...»

Aquí, ante el silencio del Sagrario, vuelven los amigos a sentirse tentados del escándalo del poco número de los que están con El, del poco o ningún fruto visible de su presencia, de las derrotas aparentes del que siempre calla ante sus enemigos y les deja hacer y blasfemar y hasta desafiarle.

¡Ah! ¡cuántas veces en esa noche larga de tu silencio ese escándalo, o peligro de caer en él, pone en tus amigos, Jesús callado, desalientos, miedos, pesimismos, quejas, desencantos...!

¡Es tan difícil a hombres de carne guardar lealtad a un Rey

que, al parecer, es mudo, ciego y preso!

Madre Inmaculada, haz de mí el vasallo más leal del Rey más deslealmente servido.

X

Las malas respuestas

Habla, Señor, que tu siervo escucha.
I Reg, III, 10.

IV. La respuesta de la desatención

Pilatos está cierto de que el reo Jesús, que traen a su tribunal la envidia y la soberbia de los Fariseos, es inocente, y pregunta con tal interés y oye con tan respetuosa atención a su reo, que hay un momento en el proceso en que no sólo parece que va a absolver a Jesús, sino que va a hacerse su discípulo...

Al oirle decir que El había venido al mundo para dar testimonio de la verdad, Pilatos, como el que por fin encuentra lo que por mucho tiempo ansiaba, le dirige con marcado interés esta pregunta:

—¿Y qué es la verdad?

Pero ¡qué pena! sin dejar a Jesús tiempo para darle la respuesta que parecía ansiar tanto, el voluble y débil gobernador ha vuelto las espaldas y se ha ido...

Jesús callado de nuestros Sagrarios ¡cuántas veces ahogará tus ganas de responder la pena de ver que los que van a hablarte, a pedirte, a preguntarte, te vuelven las espaldas sin esperarse callados a oir tu respuesta, que, a pesar de tu silencio, nunca falta!... ¡Eres tan atento, Huésped callado del Sagrario!

Madre Inmaculada, que yo

repare tantos desaires como recibe tu Jesús en la Hostia, esperando en paz y en silencio la respuesta de lo que yo le pregunte o pida en mi oración.

XI

Las malas respuestas

Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?

Math. XVI, 30.

V. La respuesta de la desconfianza

La tempestad se ha desencadenado en el mar de Tiberiades, la barca en que navegan los apóstoles con su Maestro parece va a zozobrar; Jesús duerme; sus amigos, aterrados de espanto ante la muerte inminente, gritan: ¡Sálvanos, que perecemos!

—¡Hombres de poca fe!—les ha dicho el Maestro despertando de su sueño y mandando cal-

marse a los vientos y al mar. ¡Como si no tuviera el mismo poder Jesús dormido que despierto! ¡Como si fuera posible perecer al lado de Jesús!

¡Cuántas veces se repiten esos gritos del miedo y de la poca fe delante de Jesús callado en el Sagrario! ¡Cuántas veces interpretamos el silencio de Jesús por falta de poder o de ganas de Jesús para remediar nuestros males!

Y, teniendo tan cerca el remedio, lloramos y nos desesperamos como si estuviera lejos o no existiera...

Madre Inmaculada, enseña a tus hijos de la tierra que Jesús, dormido en la tempestad del mar o callado en el Sagrario, es siempre Jesús y que reparemos todas las desconfianzas creyén-

dolo y esperándolo *más Jesús* cuando El quiera probarnos *haciéndose sentir menos Jesús.*

XII

Las malas respuestas

Convertíos a mí, hijos rebeldes, que yo os perdonaré vuestras apostasías.

Jer. III, 22.

VI. La respuesta de la impiedad

Mientras Jesús dejó clavar sus pies y manos, derramó su última gota de sangre, cerró sus ojos y su boca y quedó muerto en la Cruz, no faltaron hombres, ajenos a todo sentimiento de humanidad, que aun a los ajusticiados se debe, que se pusieron ante aquella Víctima augusta del amor a mofarse: «¡Bah! ¡Salvó a otros y ahora no puede salvarse a sí mismo!

¡Si es Hijo de Dios que baje de la Cruz! ¡Que venga Dios y lo salve!»

¡Cuántas, cuántas veces, Jesús, callado e inmóvil como un muerto y con menos apariencia todavía que en la Cruz, recibes de los fariseos de la impiedad y del vicio que pasan ante tu Sagrario, las mismas burlas sangrientas y mofas sacrílegas que cuando de verdad estás muriendo en el Calvario! ¡Cuántas veces tus enemigos toman ocasión de tu impenetrable silencio del Sagrario hasta para desafiarte como los enemigos de Jerusalén y calumniarte y blasfemarte!

¿Cuándo mi soberbio corazón, tan sutil unas veces, tan violento otras, tan súbito siempre para defenderse y excusarse, aprenderá de Tí a callarse como *un muerto* ante todas las

burlas y mofas y calumnias que le levanten?

Madre Inmaculada, que yo repare el odio a muerte de los impíos a tu Hijo haciendo que el olor con que yo perfume a tu Jesús *como* muerto en el Sagrario, sea el *olor a muerto* de mi amor propio.

XIII

Las malas respuestas

Y el ciego gritaba más ..
Marc. X, 48

VII. La respuesta de la esperanza vacilante

Jesús, desde el primer clamor oye al ciego del camino de Jericó a pesar del bullicio y de la algazara de la muchedumbre que lo rodeaba; Jesús sabe que

la Hemorroísa piensa y busca tocar la orla de su vestido para curarse; Jesús está dispuesto, desde la primera petición, a curar a la hija de la Cananea, a pesar de la dureza con que parece le responde y la despide; Jesús en el Sagrario oye, ve, responde a pesar de su silencio.

Y pregunto: ¿Se hubiera curado el ciego si no hubiese repetido y aumentado su clamor, y la Hemorroísa si no se hubiera atrevido a meterse entre las opresiones de la turba para llegar a Jesús, y la hija de la Cananea si ésta no hubiese insistido hasta la pesadez en pedir, suplicar y esperar? ¿Les hubiese valido decir ¡como no nos oye, no nos ve!?

Creo que no. Creo que la Fe de estos pobres, si no hubiese llegado en la petición de su remedio hasta ese grado de perse-

verancia y de confianza, se hubiera quedado sin el milagro de la curación.

¡Cuántas veces nuestra Fe en Jesús Sacramentado saca poco o nada porque el no verlo y no oirlo nos induce a hablarle y a pedirle tan fríamente, tan desconfiadamente como si no nos oyera!

Si le habláramos con gritos de sollozos y gemidos, con valentía en vencer las rebeldías de nuestros sentidos y pasiones y con insistencia que no se cansara nunca ¡cómo lo sentiríamos responder a pesar de su silencio!

Madre Inmaculada, que ante el silencio de tu Jesús a mis súplicas yo ore, espere e insista, sin cansarme, y así repare la pena que le causa que no esperemos en El hasta el fin.

XIV

Las malas respuestas

Mi casa es casa de oración y no cueva de ladrones.

Luc. XIX, 46.

. La respuesta de la profanación

¡En cuántos Sagrarios se repite la triste escena de Jesús muerto en el Sepulcro!

Allá el Cuerpo Santísimo de Jesús, aunque muerto y separado de su alma preciosa, estaba unido a su Divinidad... En aquel Cuerpo muerto vivía Dios... ¿Qué culto recibía allí Dios en los tres días de sepulcro?

De sus amigos el *culto de la huída y del espanto,* de sus enemigos el *culto del odio y del miedo*; ni uno ni otro eran culto de Dios.

¿Y en los Sagrarios?

Están unidos el Cuerpo y el Alma con la Divinidad: en ellos vive realmente Jesús Dios y Hombre... pero ¿es culto soberano a Dios esos manteles adornados de manchas y jirones, esos tabernáculos apolillados y desvencijados, esas lámparas mugrientas tantas veces apagadas, esas genuflexiones burlescas, ese entrar en la Iglesia sin llegarse ante todo al Sagrario, ese hablar, reir y estar con las piernas cruzadas y de cualquier modo...?

¿Es eso culto a Dios o culto a la miseria o a lo ridículo?

¡Como no se queja ni protesta! ¡Como está callado!

Madre Inmaculada, que yo repare tanta profanación de la Casa de Dios y de su presencia augusta haciéndolo todo en la Iglesia *adorando.*

XV

Las malas respuestas

No conozco a ese hombre...
Math. XXVI, 72

IX. La respuesta de la inhumanidad

¡Qué pena que se repita tantas veces ante Jesús callado en el Sagrario la fatídica palabra de Pedro a espaldas de Jesús preso: Yo no conozco a ese hombre!

Jesús Hombre de nuestros Tabernáculos, ¡cuántas y cuántas veces desde ellos oyes y ves y sientes la misma negación repetida, si no con palabras, con hechos!

Si no te negaran prácticamente como hombre muchos de tus hijos, ¿cómo se explicaría que dejaran pasar los días, los meses y los años sin presentar-

se ante Tí para que los vieras con tus hojos de hombre, sin hablarte ni una palabra, para que los oyeras con tus oídos de hombre, sin acercarse a Tí, para que pudieras posar sobre sus cabezas tus manos de hombre y calentar sus almas con el calor de tu Corazón de hombre...?

Jesús Dios tiene por casa, además del Cielo, el Universo entero; pero Jesús Hombre no tiene fuera del Cielo más casa que los Sagrarios... ¡Y ver que en la mayor parte de ellos no tiene el más hermoso, bueno y generoso Hijo de los hombres quien le busque, lo visite, le hable, lo atienda siquiera como a cualquier hijo de hombre...!

¡Como está callado e invisible...!

Madre Inmaculada, que yo desagravie el abandono en que

los hombres tienen los ojos, los oídos, las manos, la boca, el Corazón de carne sacramentada yendo muchas veces a verlo y a que me vea, a oirlo y a que me oiga, a tocarlo y a que me toque y a poner mi corazón frío y malo en contacto con su corazón ardiente y bueno.

XVI

Las malas respuestas

El que ha dado los oídos, ¿no oirá?

Ps. CXIII, 9.

X. La respuesta de la calumnia

Una de las cosas que más asombra en el relato de la Pasión es el silencio que Jesús guarda ante el cúmulo de calumniosas acusaciones que contra El se hacen...

¡Seductor, revolucionario, blasfemo, sacrílego, impostor, ambicioso, conspirador!... ¡El, de vida tan transparente y tan pura, de acción tan benéfica, de doctrina tan pública!...

El augusto Reo no se defiende; se calla... y sigue en el Sagrario oyendo blasfemias contra su Santo Nombre, calumnias contra su doctrina, falsas interpretaciones de su moral y de sus intenciones y. . como en los tribunales de Jerusalén, sigue callado...

Señor, ¿cuándo llegarán los hombres a darse cuenta de que el «que hizo la oreja oye y el que hizo el ojo ve», o por lo menos, a venerar las razones de tu misterioso silencio?

Madre Inmaculada, que yo repare y limpie tanta salpicadura de calumnias y mentiras, con

que la impiedad trata de enlodar las puertas de los Sagrarios, con mis constantes alabanzas y mis trabajos sin cesar por buscar alabadores a tu calumniado Jesús.

XVII

Las malas respuestas

Si eres hijo de Dios, baja...
Math. XXVII, 40.

XI. La respuesta del sacrílego desafío

Dos veces en el Evangelio se siente el escalofrío del espanto ante el espectáculo de la soberbia y crueldad humanas desafiando a Jesús, amarradas las manos, azotado el cuerpo y velados los ojos en una ocasión y enclavado y muriendo en la cruz en otra.

—Si eres profeta, averigua

quién te abofetea..... —Si eres Hijo de Dios, resucítate y suéltate de la cruz.....

¡Cuántas veces, Dueño adorado, el orgullo y el odio de demonio de algunos hombres se han puesto delante de la Hostia, que cierra tu boca y tus ojos y amarra tus manos y tus pies, a desafiarte! —¡Si en esa Hostia está Dios, que lo diga ahora mismo..... que salga de ahí y se deje ver!... Silencio de Jesús ante el odio orgulloso y blasfemo ¡cómo dejas ver y oir al Padre de paciencia mayor que los pecados de sus hijos y de misericordia infinitamente superior a las miserias de sus ofensores!

Madre Inmaculada, si el odio soberbio a Jesús, llega a desafiarle, que el amor humilde mío tenga en desafío perpetuo a

mis enemigos, el mundo, el demonio y la carne ¡a muerte!

XVIII

Las malas respuestas

¿A quién buscáis?
Juan. XVIII, 4.

XII. La respuesta de la hipocresía

Jesús saliendo al encuentro de las turbas que venían a prenderle en el Huerto de Getsemaní, pregunta:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno, le responden.

—Yo soy, replica El con acento tan lleno de dignidad y tan rebosante de autoridad augusta que los sacrílegos esbirros caen despavoridos en tierra...

Jesús mío; si cada vez, si al-

guna vez, siquiera de tiempo en tiempo, cuando ves acercarse a tu Mesa a alguno o a alguna de los Judas sacrílegos, rompieras tu silencio y con el acento triste y augusto del Getsemaní repitieras: ¡Yo soy! ¿se atreverían las almas a perpetrar ese misterio de iniquidad que se llama *Comunión sacrílega?*

Cuando se piensa que si Jesús hablara desde la Hostia, quizás no se daría una Comunión sacrílega, se entiende algo lo que debe valer ese silencio sostenido a tanta costa.

Madre Inmaculada, testigo y víctima de lo que hace sufrir la pena y vergüenza a tú purísimo Jesús encontrarse en la boca del sacrílego comulgante con la cabeza negra de la serpiente del pecado mortal que no lo deja entrar ni quedarse, ¡repa-

ración para tu abochornado Jesús y misericordia para los sacrílegos!

XIX

Cómo duelen a Jesús callado las malas respuestas

Triste y a veces con tristeza de agonía se pone el corazón que ama un poquito al de Jesús viéndolo repetir en su cruz perpetua del Altar y del Sagrario el Salmo de David, con que en su cruz del Calvario oró a su Padre, doliéndose del abandono en que lo dejaba morir y del odio y la crueldad con que amargaban su sacrificio sus enemigos.

¡Cómo se repiten en cada Altar y en cada Sagrario los tristes motivos de aquellas augustas desolaciones e inenarrables gemidos!

SALMO XXI

Jesucristo, cargado con la pesadumbre de nuestros pecados y clavado en cruz, ruega a su Eterno Padre que le ampare; y dice que después de resucitado anunciará su gloria a toda la tierra.

¡Qué salmo tan adecuado para meditarlo en un Sagrario abandonado, que es la triste realidad aquí descrita!

«¡Oh Dios! ¡Oh Dios mío, vuelve a mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado? Los gritos de los pecados míos alejan de mí la salud.

Clamaré, oh Dios mío, durante el día, y no me oirás; «clamaré» de noche, y no por mi culpa.

Tú, empero, habitas en la santa morada, «tú», oh gloria de Israel.

En tí esperaron nuestros padres; esperaron en tí, y tú los libraste.

A tí clamaron, y fueron puestos en salvo. Confiaron en tí, y no tuvieron por qué avergonzarse.

Bien que yo soy un gusano, y no un hombre; el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe.

Todos los que miran, hacen mofa de mí con palabras y con meneos, diciendo:

En el Señor esperaba; que le liberte: sálvele, ya que tanto le ama.

Sin embargo, tú eres quien me sacaste del seno materno; y mi esperanza desde que yo estaba colgado de los pechos de mi madre.

Desde las entrañas de mi madre fuí arrojado en tus brazos;

desde el seno materno te tengo por mi Dios.

No te apartes de mí, porque se acerca la tribulación, y no hay nadie que me socorra.

Cercado me han novillos en gran número: recios «y bravos» toros me han sitiado.

Abrieron su boca contra mí, como león rapaz y rugiente.

Me he disuelto como agua y todos mis huesos se han desencajado. Mi corazón está como una cera, derritiéndose dentro de mis entrañas.

«Todo» mi verdor se ha secado, como un vaso de barro cocido; mi lengua se ha pegado al paladar y me vas conduciendo al polvo del sepulcro.

Porque me veo cercado de multitud de «rabiosos» perros: me tiene sitiado una turba de malignos. Han taladrado mis manos y mis pies.

Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica.

Mas tú, oh Señor, no me dilates tu socorro; atiende «luego» a mi defensa:

Libra mi vida, oh Dios, del alfange, y de las garras de los canes a mi alma.

Sálvame de la boca del león; salva de las astas de los unicornios mi pobre alma,

Anunciaré tu «santo» Nombre a mis hermanos: publicaré tus alabanzas en medio de la Iglesia.

Oh vosotros que teméis al Señor, alabadle: glorificadle, vosotros descendientes todos de Jacob.

Témale todo el linaje de Israel, porque no despreció ni desatendió la súplica del pobre: ni apartó de mí su rostro: antes así que clamé a él, «luego» me oyó.

A tí se dirigirán mis alabanzas en la iglesia «o solemnidad» grande: en presencia de los que le temen cumpliré mis votos.

Los pobres comerán y quedarán saciados; y los que buscan al Señor le cantarán alabanzas: sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Se acordarán de los «beneficios recibidos», y se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra; y se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes.

Porque del Señor es el reino; y él ha de tener el imperio de las naciones.

Comieron, y le adoraron todos los ricos de la tierra: ante su acatamiento se postrarán todos los mortales.

Y mi alma vivirá para él, y a él servirá mi descendencia.

Será contada como la del Señor la generación venidera, y los cielos anunciarán la justicia de él al pueblo que ha de nacer, formado por el Señor.»

XX

El Corazón de Jesús invita a que se responda con silencio su silencio eucarístico

Permaneced con un respetuoso silencio ante el Señor Dios.

Soph. I, 7.

Decía el mismo Corazón de Jesús a su sierva Santa Margarita María:

«Cuando tengas algo que sufrir, regocíjate, y únelo con lo que este Sagrado Corazón ha sufrido y sufre en el Santísimo Sacramento.

Unirás tu silencio al que El guarda en el Santísimo Sacramento del altar, y cuando hubieses de hablar, sea excusando palabras en tu provecho, o molestias al prójimo y omitiendo toda reflexión que pudiera contentar tu amor propio y vanidad.»

Almas reparadoras, tomad palabra por palabra esa invitación de Jesús y rumiadlas en el silencio de vuestra alma y oyendo el silencio de un Sagrario. La unión de los dos silencios os hará santas, como hizo a tantas otras...

XXI

Las buenas respuestas

Iban contentos por haber sido encontrados dignos de padecer afrentas por el Nombre de Jesús.

Act. V, 41.

I. La respuesta de los Santos con su ansia de padecer en silencio

San Pablo y Silas, cruelísimamente azotados con varas en la plaza pública de Filipos, sufren en silencio la flagelación, sintiendo la enorme injusticia de este humillante y doloroso ultraje que se les infiere sin haber precedido declaraciones ni juicio; habiéndolos arrojado después al estrecho calabozo de la cárcel, metidos los pies en un cepo, callan su condición de *ciudadanos romanos* hasta

el momento en que les ofrecen la libertad, lo que habiendo dicho antes de ser azotados, les hubiese evitado este tormento por estar prohibido aplicarlo a los ciudadanos romanos.

San Lorenzo, asado vivo, llega hasta decir donaires en las parrillas: «Asado estoy ya, vuelve y come», decía a sus verdugos.

Madre Inmaculada, ¡cuántas veces el dolor no sólo no me arranca donaires, sino que me hace prorrumpir en gritos y protestas! Enséñame a sufrir sin que se entere más que tu Jesús callado.

XXII

Las buenas respuestas

Fuí considerado como un mueble inútil,

Ps. XXX, 13.

II. El empeño de pasar desconocido

Santo Tomás de Aquino, el Doctor entre los doctores, el Patrono Universal de la Ciencia, el que «iluminó más a la Iglesia que todos los demás doctores, según frase del Pontífice Juan XXII», era tenido en su juventud entre sus profesores y compañeros de escuela por un sujeto de tan escasas luces naturales que le llamaban el «buey mudo» y le ponían un repasador que le aclarase las materias más dificultosas de sus estudios. Durante bastante tiempo estuvo el discípulo reci-

biendo las machaconas lecciones del repasador como el más torpe y agradecido *calabaceado*. El maestro callado del Sagrario quiso enaltecer al modesto y silencioso discípulo permitiendo que se le perdiesen unos apuntes, que, hallados por sus profesores y examinados por ellos, les dejó deslumbrados ante la magnitud y claridad de la inteligencia que manifestaban en su autor, y al descubrirse quién era éste surgió aquella conocida exclamación de admiración y alabanza: «¡Los *mugidos* de este *buey* se han de oir en todo el mundo!»

Madre Inmaculada, los santos empeñados en pasar por el mundo en silencio, desconocidos de los hombres... y yo empeñado en que me conozcan,

me quieran y me aplaudan... y mientras, tú Jesús sigue siendo el gran desconocido.

XXIII

Las buenas respuestas

¿No respondes nada a lo que éstos deponen contra tí? Mas Jesús callaba.

Math. XXVI, 62 63.

III. El valor de dejarse calumniar sin defenderse

El Patrono glorioso de los párrocos, San Juan M.ª B. Vianney, Cura de Ars, calumniado públicamente, denunciado a su prelado por enemigos arteros y envidiosos en muchas ocasiones, decía a los que le aconsejaban hablase en su defensa, que los muertos nada contestaban a los insultos; así él siempre optaba por el silencio.

Mas que esto no era fruto de la insensibilidad en el Santo, bien se echa de ver en el caso que le ocurrió al principio de estar en su Parroquia. Fué a su casa un hombre llenándole de insultos; él le escuchó sin hablar palabra; después, por deferencia, quiso acompañarle y darle un abrazo antes de despedirle... El sacrificio le causó tan viva impresión, que a duras penas pudo subir a su cuarto y tuvo que echarse en la cama. Durante unos momentos apareció cubierto de manchas...,

Cuando alguien le hablaba con dureza conservaba la calma, pero su cuerpo era en seguida presa de cierto temblor. «Cuando se ha vencido una pasión, hay que dejar que los miembros tiemblen.»

Una vez llegaron a darle un bofetón: por toda respuesta dijo:

«¡Amigo, la otra mejilla tendrá celos!»

Madre Inmaculada, no ya la calumnia, sino una palabra molesta, una palabra menos cariñosa, una desatención; ¡cómo nos duelen y nos arman caballeros y pregoneros de lo que llamamos nuestra dignidad ofendida...! y ¡tu Jesús callado!

XXIV

Las buenas respuestas

Calla y te enseñaré la sabiduría
Prov. XXXIII, 33.

IV. La profesión de vivir en silencio

¡Con qué discípulos tan aprovechados cuenta el Maestro callado en los claustros de religiosos y de religiosas!

La primera regla, la esencia

de todas las reglas conventuales, la palabra única a la que podrían reducirse las Constituciones de todos los Santos Fundadores es esta: *Silencio.*

Y ¡silencio total! ¡por dentro y por fuera! silencio de *boca*, que ha de abrirse sólo para las necesidades de la vida de relación; silencio de *imaginación*, cuando quiere hablar como loca lenguaraz; y del *amor propio*, cuando intenta ser tirano del orden y ladrón de la paz; silencio con las criaturas y con las pasiones, para mejor hablar y oir a Dios; silencio, aun hablando, porque se habla con voz mortificada; silencio con cara buena y con corazón alegre, porque con él se imita al Hijo de Dios callado en el Sagrario, y se pasa el día alabando al Padre con palabras de Dios, que son los salmos, y con silen-

cio de Dios, que es la alabanza de la Hostia...

Os aseguro que el silencio de los monasterios y de las casas de religión, suena a los oídos de Jesús como el más armonioso coro de voces de ángeles.

Madre Inmaculada, ¡que se conserven y multipliquen en torno de tu Jesús callado los coros de vidas calladas y de alabanza de silencio.

XXV

Las buenas respuestas

V El martirio por el sigilo sacramental

Siendo San Juan Nepomuceno confesor de la emperatriz de Bohemia, Doña Juana, el emperador Wenceslao, lleno de infun-

dados celos acerca de su santa esposa, quiso que el Santo le manifestase lo que ella le decía en la confesión. Acudió primero a las lisonjas y promesas, pasando después a las amenazas; pero sólo obtuvo del Santo una demostración del sacrilegio tan horrible que sus intentos encerraban.

Disimuló por algún tiempo el emperador su encendida cólera, pero pronto volvió a amenazar con mayor fuerza a San Juan para que le declarase los pecados de la emperatriz; y encontrando al Santo cada vez más firme en rechazar sus sacrílegas exigencias, lo entregó a algunos de sus soldados más crueles para que lo atormentasen en secreto, pero durísimamente. Sufrió el héroe del sigilo sacramental estos tormentos sin abrir sus labios más que para

pronunciar alguna que otra vez los dulcísimos nombres de Jesús y de María, y cuando aquellos verdugos le dejaron libre, dió gracias a nuestro Señor Jesucristo y procuró curar las heridas en el mayor secreto, sin revelar jamás a nadie los ultrajes y tormentos que le había hecho sufrir el bárbaro emperador.

Finalmente, volvía el Santo de visitar una imagen de la Santísima Virgen, y al anochecer, entrando en Praga, fué visto por el emperador, que, más encendido aún en furor, le hizo comparecer en su presencia, intimidándole despóticamente que le manifestase los secretos de la conciencia de la emperatriz, amenazándole con arrojarle inmediatamente al río Moldava, que pasa por medio de Praga.

El Santo volvió a reprender

la inicua y sacrílega demanda del emperador, y éste mandó que, atado de pies y manos, fuese arrojado al río, orden que se cumplió sin dilación, terminando así el glorioso martirio del héroe del silencio, San Juan Nepomuceno.

Madre Inmaculada, que honremos el silencio de tu Jesús y de los mártires del silencio cerrando nuestros labios para no manchar con nuestras indiscreciones ni la fama ni la pureza ni la paz de nuestros prójimos.

XXVI

Las buenas respuestas

Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Colss. III, 3.

VI. La vida de sacrificio en silencio por los demas

Jesús entregado en el silencio de la Hostia a hacer todo bien a sus hijos y hermanos, los hombres, sin pedir nada y sin de nada ni de nadie quejarse ¡cuántos imitadores tiene aún en las familias cristianas!

El padre de numerosos hijos entregado cada día a un duro trabajo para sostenerlos, sin una palabra de protesta o queja; la madre (¡cuántos casos!) privándose en silencio ¡y con admirables disimulos de comidas y comodidades, para que

los suyos no carezcan de ellas, o entregándose a faenas domésticas o inverosímiles; hijos e hijas renunciando a bodas ventajosas y a diversiones y fiestas, aun honestas, para con su trabajo, o su estudio, o sus privaciones, ser el báculo de la pobre madre, viuda, y de los hermanitos pequeños; niños y niñas pobres (¡cuántos he visto emocionado!) guardándose disimuladamente el dulce con que se les agasaja para llevárselo a su madrecita enferma o a su hermanito menor; sirvientas de tal lealtad que, ante la ruina de sus amos, han seguido sirviéndolos no sólo de balde sino trabajando y hasta mendigando por ellos...; estos e innumerables ejemplos de Hostias anónimas entregadas en silencio, que, gracias a Dios, no escasean en los hogares cristianos

y que, por no armar ruido, pasan casi siempre desconocidas ¿no son eco del silencio de la Hostia del Sagrario?

¿Hubiera dado esta egoísta tierra nuestra esa variedad de frutos de heroísmos callados sin la siembra abundante y diaria en las almas de Hostias calladas?

Madre Inmaculada, Maestra en el difícil y raro arte de sacrificarse en silencio, multiplica en las familias y en las comunidades y en los pueblos las Hostias calladas.

XXVII

Las buenas respuestas

Callará como el corderito delante del que le trasquila.

Is. L, III 7.

VII. La austeridad del buen vivir cristiano

La *austeridad* es otra de las respuestas con que las almas, las familias y los pueblos contestan a la laboriosidad sin apariencia de Jesús en el Sagrario, a su generosidad incansable e inagotable sin pedir paga ni cambio, a su hacer sin decir, a su decir sin ruido, a su esperar sin mala cara, a su recibir con cara siempre buena, a su vivir, en una palabra, *como Hostia callada*.

¿Qué otra cosa es la *austeridad*, qué un acostumbrarse a

vivir esclavo del deber y no del placer, siervo y no señor de los demás, aunque sean inferiores, tan propenso a aceptar el sacrificio como receloso en usar de los dulces goces; más propicio a oir, que a hablar; a dar, que a pedir; a olvidar ofensas, que a exigir por ellas responsabilidades; más aficionado a visitar la casa del que llora, que la del que ríe; más contento con un pedazo de pan regado con sudor propio, que con ricos manjares aliñados con intrigas, injusticias o adulaciones; más feliz con vestir ropa burda, limpia y pagada, que lucir brocados y joyas debidos; vivir, en una palabra, no como un Dios a quien todos los demás deben quemar incienso, sino como grano de incienso que aspira a quemarse y consumirse en el incensario de oro de la caridad

en honor de su Dios y buen olor de sus prójimos?

Eso, sin la Hostia callada del Sagrario, es un absurdo; y con Ella, es la hermosa y fecunda y callada austeridad cristiana con que viven tantas almas ..

Madre Inmaculada, siembra, conserva y haz crecer y multiplicarse en medio de este mundo pagano, como refugio, desinfección, esperanza y desagravio, la flor de la austeridad cristiana.

XXVIII

Las buenas respuestas

VIII. La respuesta de las abejitas de los sagrarios calvarios

Esas son las Marías.

Yo quisiera que el certificado

de buena conducta de toda *María* mientras vive, y el epitafio sobre el sepulcro de todas cuando murieran, fueran estas dos palabras con que la Madre Iglesia canta y honra a algunas de sus Santas:

«Señor, esta alma te sirvió como abeja laboriosa.»

La María y la abeja

Y ¿en qué quisiera yo que se pareciera la vida de la *María* a la de la abeja?

Dejando a un lado otros puntos de imitación que ofrece a los racionales este misterioso insecto, verdadero prodigio de Dios, grande en lo chico, quiero fijarme singularmente en sus productos y en el modo de obtenerlos.

Produce *cera* y *miel* y lo produce *trabajando*, *libando* y *pinchando*.

La María como la abeja

debe producir *cera* de *piedad* blanda, afectuosa y siempre dispuesta a consumirse, para con su *Padre* Dios, manifestada en una firme y reparadora lealtad para con su *Madre* Jesús-Eucaristía abandonada, su Inmaculada Madre del Cielo María y su Santa Madre de la tierra la Iglesia, representada en su Parroquia.

Esta es la piedad de la María:

Tratar a Dios como a Padre, y muy Padre; a Jesús Sacramentado como a *Madre* abandonada, que mendiga caricias de hijos y desagravios: a María Inmaculada como a Madre, que siempre brinda imitación, protección y consuelo; y a la Madre Parroquia que pide ver y tener en torno de ella a sus hijos y enseña y facilita caminos de

luz, de paz y de cielo a los que bajo sus alas forman su familia.

La María como la abeja

debe producir *miel* de *bondad habitual* de cara, de palabras, de sentimientos, para con ella ejercer su gran *apostolado menudo* de la *amistad* en favor de su Padre Dios y de sus Madres la Eucaristía, María y su Parroquia...

Pero *bondad* que, como la miel, atraiga *endulzando* y *purificando*. ¡La miel de la abeja no es sólo pura, sino purificadora!

¡Así debe ser la bondad del apostolado de las Marías! ¡De miel pura que sana! ¡No de melojas pegajosas y enturbiadoras!...

¿Y cómo?

1 Trabajando como la abe-

ja: La María debe trabajar con tanto orden y tan asiduamente, hasta llegar a distinguirse de las que no lo son, por su *laboriosidad;* primero en los menesteres de su casa y estado, y después en su grato oficio de dar y buscar compañía a su abandonado Jesús. ¡Cuánto tiene que hacer una María, si se quiere serlo de verdad!

Como en las Colmenas no se conoce el tipo de abeja ociosa, así entre nuestras colmenas eucarísticas no quisiera que se diera el tipo de *Marías lánguidas*, largas solo en soñar y quejarse desde sus casas y cortas en trabajar con las manos, los pies, la lengua, el ingenio y las rodillas, en buscar y pedir amores para su Jesús abandonado.

II Libando: Buscando con un instinto seguro e infalible la

flor que le dé buen pasto, o sea, dulzuras para sus mieles. ¡Ni por equivocación se posa sobre la flor agria, amarga o venenosa!

Las Marías que oran y comulgan y visitan y tratan a Jesús como Marías, llegan a adquirir el hábito, y hasta el instinto de la abeja, de no leer más libros, ni gozar de más compañía, ni vestirse con más moda, ni divertirse con más espectáculos, ni buscar, ni desear más alimento para sus cabezas y sus corazones que los que les den *cera* para su piedad y *miel* para la atracción de su apostolado.

III Pinchando: Y ¡con qué saña y bravura, a imitación de la abeja, endereza la buena María el aguijón de su censura, de su desprecio, de su repulsión a la flor, insecto o mano atrevida que pretenda estorbar su ac-

ción, envenenar su miel, o derretir vanamente su cera! Y sobre todo ¡cómo se hincha *sin piedad* y *sin dulzura* sobre su *amor propio*, desordenador de pasiones y envenenador de todo buen pensamiento y cariño y de toda buena intención!

¡Cera para Dios, miel para sus prójimos, aguijón punzante para su amor propio!

¡Esa es y eso hace la María de verdad!

Y todo en silencio

Mirad el cirio que arde en el altar, y, si preguntáis por el nombre de las abejas que labraron cada gota, nadie os lo podrá decir...

Mirad el panal de miel que chorrea dulzuras sobre vuestra boca... Nadie os podrá decir el nombre de vuestras obsequiadoras...

Marías, alumbrad vuestros Sagrarios con toda la *cera de piedad* que podáis, pobladlos hasta que rebosen de almas atraídas por la dulzura y pureza de vuestro apostolado, pero si preguntan por vuestros nombres, que sólo obtengan esta respuesta: ¡Las Marías!

Eso es trabajar *a lo abeja*, mejor dicho, ¡a lo *Hostia callada!...*

¡Madre Inmaculada!, que así vivan todas las Marías.

XXIX

Las buenas respuestas

IX. La respuesta final de Jesús

Y pasarán los siglos del silencio de Jesús y de la paciencia callada de sus siervos como

brisa callada que refrescó la yerba y pasarán los gritos de mofa, de orgullo, de blasfemia y de calumnia de los impíos y los encogimientos de hombros y caras aburridas ante el Sagrario de los indiferentes y los engreimientos y vanidades y las groserías y desatenciones y las irreverencias y desconfianzas y los abandonos y sacrilegios de los malos amigos, y vendrán los días gloriosos del eterno cantar de los buenos en torno del *Rey que calló* y el eterno enmudecer de los lenguaraces en torno del triste rey de las lenguas largas y vanas... ¡Los días del triunfo eterno de la Palabra de Dios!

¡Pasarán los cielos y la tierra; mi Palabra permanecerá eternamente!

¡Qué bellamente canta David ese triunfo!

SALMO XXXIII

1. «Alabaré al Señor en todo tiempo: no cesarán mis labios de pronunciar sus alabanzas.

2. En el Señor se gloriará mi alma, oíganlo los humildes y consuélense.

3. Engrandeced conmigo al Señor, y todos a una ensalcemos su nombre.

4. Acudí solícitamente al Señor, y me oyó, y me sacó de todas mis tribulaciones.

5. Acercáos vosotros a él y os iluminará: y no quedaréis sonrojados.

6. Clamó este pobre, y el Señor le oyó, y libróle de todas sus angustias.

7. El ángel del Señor asistirá alrededor de los que le temen, y los librará «del mal».

8. Gustad y ved cuán sua-

ve es el Señor; bienaventurado el hombre que en él confía.

9. Temed al Señor todos vosotros sus santos; porque nada falta a los que le temen.

10. Los ricos padecieron necesidad y hambre; pero a los que buscan al Señor no les faltará bien ninguno.

11. *Venid, hijos, escuchadme, que yo os enseñaré el temor del Señor.*

12. ¿Quién es el hombre que apetece vivir, y que desea ver días dichosos?

13. *Pues «para esto» guarda pura tu lengua de todo mal, y no profieran tus labios ningún embuste.*

14. Huye del mal, y obra el bien: busca la paz y empéñate en alcanzarla.

15. El Señor tiene fijos sus ojos sobre los justos, y atentos

sus oídos a las plegarias que le hacen.

16. Y el rostro del Señor está observando a los que obran mal, para extirpar de la tierra la memoria de ellos.

17. Clamaron los justos, y oyólos el Señor, y librólos de todas sus aflicciones.

18. El Señor está al lado de los que tienen el corazón atribulado: y él salvará a los humildes de espíritu.

19. Muchas son las tribulaciones de los justos; pero de todas los librará el Señor.

20. De todos los huesos de ellos tiene el Señor «sumo» cuidado: ni uno solo será quebrantado.

21. Funestísima es la muerte de los pecadores; y los que aborrecen al justo quedarán destruídos.

22. El Señor redimirá las al-

mas de sus siervos, y no perecerán los que en él esperan.»

¡Por el honor y desagravio de la Comunión diaria y frecuente!

La profanación del Sagrario

Un Profeta de Israel, viendo las abominaciones que el pueblo escogido de Dios perpetraba en el mismo templo, exhaló esta queja: «¡Ha sido despreciada la Mesa del Señor!»

Triste y horriblemente desconsolador es tener que repetir la misma queja al cabo de miles de años, viendo cómo cristianos y cristianas, llamados piadosos, están hoy profanando el Altar en que frecuentemente

unos y ¡cada mañana! muchos reciben su Comunión.

¡La Comunión del Cuerpo purísimo de Cristo está siendo profanada por innumerables comulgantes!

¡Se va haciendo costumbre comulgar por la mañana, como cristianos, y vivir todo el día como paganos...! ¡Muchos comulgantes no van teniendo reparo en vestir, bailar, divertirse, hablar a sus hijos y conducirse en todo como los más abyectos y degradados idólatras del bajo imperio romano!

¡Qué deshonor para la Santa Madre Iglesia, que los hizo hijos suyos, para el nombre de católicos que llevan y sobre todo, además de deshonor, ¡qué pena y qué vergüenza para Jesús Sacramentado ver, oir y saber que muchas de las mujeres de bailes, cines, playas,

lecturas, diversiones y reuniones sin moral y sin pudor son comulgantes suyas, y que los padres, madres, maridos y hermanos de esas mujeres se llaman y se tienen por buenos cristianos!

¡Comulgantes de buena ley! ¿No os da pena, indignación y vergüenza ver al Pobre Jesús de vuestra Comunión condenado cada día a ser pisoteado, escarnecido, echado, desfigurado, calumniado y escupido por pies y manos y bocas y ademanes y miradas y procacidades de compañeros de comulgatorio?

¡Oh! La Santa Mesa del Señor, qué despreciada está!

¿Qué hacer?

Los que queremos sentir como siente Jesús no nos reunimos sin que lamentemos ese

nuevo cruelísimo tormento con que al Corazón de Jesús están afligiendo ¡sus amigos, ¡sus comensales! ¡La profanación de la Sagrada Comunión diaria o frecuente!

A veces llegamos a temer que la ola turbia y opresora de los profanadores vuelva a cerrar o a dificultar las puertas que tan generosa y ampliamente abrió la mano valiente del venerado Pio X.

¡Pero no temamos! Pío XI no quiere cerrar las puertas del Sagrario, que tan abiertas dejó su Antecesor, las quiere abrir más, para que, con el olor de incienso de las alabanzas de los leales, que, gracias a Dios, son muchos, y la peste de corrupción de los sacrílegos entre en los Sagrarios de Jesús un nuevo aroma, el de la mirra de la reparación.

¡Reparación!

Ese es el grito y como la orden del día que da constantemente el Papa.

¡Convirtamos en oración reparadora y en mortificación de desagravios los lamentos que nos arranca la paganización de las costumbres de los cristianos y singularmente la profanación por parte de estos *cristianos-paganos* de su Comunión diaria o frecuente!

Almas de Sagrario, consagradas a servir, dar gusto y compañía al Señor más bueno y más deslealmente servido, ante el Calvario que algunas de vuestras compañeras de comulgatorio están levantando a vuestro Jesús en sus salas de baile, en sus playas, en sus reuniones y tertulias ¡reparación de oraciones, de mortificaciones cor-

porales, de ejemplos buenos de modestia y austeridad, de pisoteo de todo respeto humano!

Si, en unión de la Madre dolorida del avergonzado Jesús, hubiera en cada pueblo junto a cada grupo de profanadores un puñadito de almas dispuestas a castigar en sí mismas las insolencias de aquellos ¡qué victorias tan sorprendentes de gloria de Jesús y de recristianización de almas y de costumbres se alcanzarían!

Un medio entre mil

Propongo en estas líneas: a saber, rezar la Estación del Santísimo Sacramento, tanto en actos públicos de culto como privadamente en la siguiente forma:

En desagravio de las profanaciones de la Comunión diaria y frecuente

Por la señal... Acto de contrición: Señor mío Jesucristo...

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por los que profanan su Comunión frecuente bailando agarrados a personas de otro sexo o asistiendo con gusto a esos bailes.—Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por las mujeres de toda edad que profanan su Comunión frecuente yendo a recibirla con trajes cortos, ceñidos y transparentes y mostrándose más desnudas que vestidas en el templo, en la casa, en la calle y en todas par-

tes.—Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por los que profanan su Comunión frecuente discutiendo y desobedeciendo a los Confesores, a los Párrocos, a los Obispos y al Papa en las normas de moral —Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por los que profanan su Comunión frecuente no apartándose de cines, teatros, playas, tertulias, amistades, novelas y revistas en los que se ofenden o se ponen en peligro la Moral y la Pureza. Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por los que profanan su Comunión frecuente callando en sus confe-

siones pecados graves ciertos, especialmente contra el 6.° y 7.° mandamientos.- Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Te desagraviamos, Corazón de Jesús Sacramentado, por los padres y madres que profanan su Comunión frecuente transigiendo cobardemente con las malas modas y compañías, la ociosidad y el frenesí de diversiones de sus hijos e hijas y descuidando la vigilancia sobre ellos.—Padre nuestro, Ave María y Gloria.

ORACION (1)

«Para reparar el honor divino ultrajado te ofrecemos aquella satisfacción que Tú ofreciste al Padre en la Cruz, y que diaria-

(1) Del Acto de Reparación de S. S. Pío XI.

mente renuevas en los altares, junto con todas las expiaciones de la Virgen Madre, de todos los Santos y de todas las almas piadosas; prometiendo de corazón que, en cuanto esté de nuestra parte y ayudados de la gracia, hemos de compensar nuestros pecados y los pecados de los demás, y el olvido de tanto amor con una fe firme, con una vida de costumbres puras, con una perfecta observancia de la ley evangélica, singularmente de la caridad, y hemos de impedir según nuestras fuerzas las injurias contra Tí, y hemos de traer a que te sigan cuantas almas podamos.»

Uso de este librito

Este librito puede servir:

1.° Para suministrar puntos de meditación.

2.° Para dar temas de conversación con Jesús en las visitas a sus Sagrarios.

3.° Para abrir a las Marías, a los Discípulos de S. Juan y a las almas reparadoras, campos de reparación... ¡Ese silencio desatendido y despreciado de Jesús Sacramentado pide tantos desagravios!

4.° Para dar a los Sacerdotes, a las Marías y a las personas piadosas, temas provechosos de conversación, comentario y examen práctico en sus sermones familiares o de días de retiro.

5.° Y por medio de todo eso y de otros usos, domar y ahogar nuestro amor propio, el gran alborotador, que impide con sus ruidos que *oigamos* y *entendamos a Jesús callado* y que con su seducción intenta poner constantemente en nues-

tras bocas palabras de soberbia, vanidad, lujuria, dureza, crueldad, mentira y todas las demás manifestaciones de la *egolatría*.

INDICE

SEGUNDA PARTE

Y por qué está callado...

EL ROSARIO SACERDOTAL o LOS GOZOS, DOLORES Y GLORIAS DEL SACERDOCIO

Dos pesetas.

AUNQUE TODOS... YO NO

Historia íntima de la Obra de las Marías. Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido.—5.ª edición.—1,50 pesetas.

LA GRACIA EN LA EDUCACION o ARTE DE EDUCAR CON GRACIA

2,50 pesetas.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL C. DE JESÚS EN EL SAGRARIO

Viaje al País de las Divinas sorpresas, propio para visitas al Santísimo. Encuadernado en tela, 2 pesetas,

FLORECILLAS DE SAGRARIO o EN BUSCA DEL ESCONDIDO

356 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas.—4.ª edicion.—En tela, 2 pesetas. En rústica, 1,50 pesetas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS

(3.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. 1,75 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS

1.ª serie.—1,50 pesetas.

Recetas para ser apóstol perenne a poca costa.

SEMBRANDO GRANOS DE MOSTAZA

(Psicología infantil).—2 pesetas.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS

3.ª edición.—En tela, 1,50 pesetas.

ARTES PARA SER APOSTOL COMO DIOS MANDA

1,50 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS

Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. 11.ª edición, a 1,25 en tela y 0,75 en rústica.

A los mismos precios, el MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE S. JUAN

REGLAMENTO DE LA PÍA UNIÓN DE LOS SAGRARIOS CALVARIOS

En tela, 1,50. En rústica, 1.

JESÚS CALLADO

o LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL SILENCIO

(CARTILLA PARA APRENDER A CALLAR)

En tela, 2 pesetas.

NUESTRO BARRO

1,50 pesetas.

CARTILLA DEL CATEQUISTA CABAL

0,75 pesetas.

Folletos y Hojitas de propaganda a diversos precios. Pídanse muestras.

LECCIONES DE LA TRAGEDIA PRESENTE

Hojas sobre la guerra y sus enseñanzas.

"El Granito de Arena"

Revista Quincenal Eucarística

Suplemento para los niños RE-IN-E. (Reparación Infantil Eucarística). 0,05 ejemplar.

Órgano oficial de la obra de los Discípulos de San Juan y Marías de los Sagrarios-Calvarios.

PRECIO VOLUNTARIO

Todo lo que se abone más de 5 pesetas anuales se invierte en propaganda, obras eucarísticas, de celo, etc., etc.

Administración: Santo Domingo de Guzmán, 17 y 19.-PALENCIA

